



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 16 Octubre 1913.-Número 42.

REDACTOR
Rivadavia, 12
VENDIDOS AL POR MAYOR

Almanaque Cómico del Carlismo

PARA

LOS AÑOS 1914 á 1999



CON SESENTA CARICATURAS DE LAS PUBLICADAS DURANTE
LA ULTIMA GUERRA, CONFECCIONADO
POR

EL MOTIN

UNA PESETA

Establecimiento tipográfico.
Libertad, N.º 31.—Madrid.

RESPUESTA OFRECIDA

Querido Morato: Si aquel en cuyo nombre se ha derramado más sangre en la Tierra, Cristo, tuvo un instante de duda en la cruz ¿qué de extraño tiene que yo tenga alguno á los cincuenta años de combate sin haber tocado ningún resultado práctico? Y bien mirado, menos justificación tuvo su duda que la mía. El no ignoraba que al morir iría al cielo, y por una temporadita larga: por los siglos de los siglos. Yo sé que dentro de dos ó tres años á lo sumo, tal vez menos, de fijo poco más, me hundiré en la nada con todas sus naturales y legítimas consecuencias. Creo que no es precisamente lo mismo.

Pero el que yo dude á ratos de la eficacia inmediata de mi esfuerzo, no quiere

re decir que sea pesimista; acusa mas bien egolismo: hubiese querido probar un datil siquiera de la palmera por mi plantada.

¡Yo pesimista! Pocos hombres lo serán menos. Sospecho que el uno por millón no habrían llegado á los años que tengo sin haber perdido la esperanza por completo, viendo lo que yo he visto y tocado lo que he tocado. Si me hubiesen puesto en la pila bautismal (no digo que estoy bautizado por darme importancia, sino porque es verdad) el nombre de Cándido, los que me conocen podrían llamarme ahora Cándido, ó el Optimismo, título de una de las más encantadoras novelas de Voltaire.

«Que he peleado bien y bravamente, me dice usted, y que no hay satisfacción mayor que esa.» Conformes. A este convencimiento debo esta alegría de espíritu

que me hace invulnerable á los desmayos y abatimientos propios de la edad que alcanzo.

El recuerdo del Paraiso de la Mitología escandinava viene que ni de molde para pintar mi manera de ser. ¡Batallar, batallar siempre! ¿Por qué? Por batallar. Esto explica mi empeño por dejar recogida en tomos mi labor. ¿Mis libros peleando por mí, después de muerto yo? Esta idea me seduce más que la de pasar una eternidad vegetando tranquilamente en paraisos ñoños.

Tiene usted razón también en lo de que yo hubiera preferido ser Moisés á Josué: varias veces lo he demostrado no entrando en tierras de promisión que entreveía ó me señalaban. He preferido conducir á llegar.

«Que de seguro me marcharé pensando que algún día se instaurará en España la República de mis sueños». ¡Oh, sí! Moriré en esa creencia. Pero añado: Si la que ahora pudiera implantarse no había de satisfacer á los que han hambre de pan y de justicia, me alegraréirme sin verla. No hay tristeza comparable á la de un hermoso sueño desvanecido. Sólo al pensar que si viniese hoy caería en manos de ciertos hombres, me cubro el rostro con las manos. Si la desahonran antes de nacida ¿qué no harían despues? Afortunadamente son pocos y van siendo conocidos.

«¿Que si viera establecido aquello por que tanto he luchado, pediría mas?» ¡Qué duda cabel Bromeando algunas veces digo, «que desearía que viniese pronto la República, para estar en la oposición.» Es posible que lo que todavía no han hecho los monárquicos conmigo, lo hicieran los republicanos: desterrarme. Porque como pretextos, crea usted que se los daría. Lo digo sin jactancia.

Si, sería para mí una desgracia ver convertida á Dulcinea en Aldonza Lorenzo, subiendo á horcajadas sobre el burro. Hay que reservar ese espectáculo para los Sanchos.

Hasta aquí he estado conforme con usted en todo; ¿y cómo no, si cuanto me ha dicho es muy halagador para mí? En lo que ya no lo estoy, es en lo de que hoy no es posible un levantamiento carlista. No será posible el triunfo del carlismo ¡oh no, esto no! ¿pero lo que es un levantamiento? Desde que volvieron á España las Ordenes religiosas lo vengo profetizando, al par que trabajando sin descanso para que sea el último.

Por hacer esta labor, he renunciado á cuanto podía yo haber sido en este país, Jauja de las medianías, y me he complacido en irritar á la clase más difamadora por ociosidad, más intransigente por espi-

ritu de conservación, mas vengativa por lógica doctrinal y más cruel por derivaciones de dogma: la clerical. Y la he irritado, para que en el paroxismo de la ira se creciera completamente al desdado, y España la viese tal cual es, y pensara en la suerte que le cabría si le consintiera realizar por completo sus sueños de absorción y dominio.

Si; Morato; el carlismo se alzaría un día, aunque don Jaime no quiera (que no quiere) y aunque sus prohombres (que tampoco quieren, por que á todos les va muy bien con la restauración) traten de contener á las masas que el clericalismo fanatiza, arma y excita. ¿Que lo venceremos? ¿Quién lo duda? ¿Que basta convendría que se echase pronto al campo para limpiarnos en ocho ó diez días de la gangrenosa roña clerical? Ni que decir tiene. En ambas cosas confío, por ser el Pueblo quien ha de hacerlas.

Pero ¿y luego? ¿Sabremos cimentar sólidamente sobre las ruinas del pasado el edificio del porvenir? ¿Incurriríamos de nuevo en el funesto error de derribar el árbol sin quemar las raíces? ¿Creeremos por tercera vez que lo hemos hecho todo venciendo al clericalismo en el campo y dejándolo retañar en las sacristías? Esto es lo que me preocupa; lo que me hace predicar sin descanso la cruzada contra él; lo que desliza á ratos en mis escritos notas de pesimismo.

Dice usted que el retroceso y el estancamiento no son ya posibles. ¡De acuerdo, de acuerdo!... El factor que va entrando tan soberbiamente en escena, el proletariado, lo impedirá. Esta convicción está en mí tan arraigada como en usted. Pero el que no retrocedamos, no quita para que sea posible un alto muy prolongado en el avance. Y la prolongación del estancamiento puede ser funesta. Los que caen rendidos sobre la nieve, perecen si no se incorporan pronto. Permitir que el mal se alargue puede hacer luego más difícil y penosa la curación. Que es lo que ha ocurrido en España.

Por no haberse opuesto á tiempo los partidos de la izquierda á la entrada de las Ordenes religiosas, se han multiplicado de tal modo, que hoy están ingeridas en los organismos oficiales é influyendo en los actos de los gobiernos, inspirándolos y enderezándolos hacia su conveniencia.

Por no haberlas atraído en sus constantes y arteras maniobras para apoderarse de la fortuna de las familias católicas, hoy disponen de riquezas que les permiten hacer propagandas villanas de prensa, amar al carlismo y comprar conciencias maleables.

Por no haber hecho públicos sus desafueros, sus inmoralidades, sus delitos y sus crímenes, hoy conservan todavía cierta apariencia de respetabilidad, que las autoriza para seguir embaucando y saqueando con pretextos religiosos á los ignorantes y los débiles...

Mas pasemos á otro punto, porque si me engañó más en éste, voy á llenar el número. Es mi Marina, y cuanto me la ocan...

El cuadro que pinta usted de los bajadores sitiando á Bilbao, le ha resultado admirable, y crea usted que, de estar en mi mano, suspendería mi viaje al otro barrio hasta verlo. Mas como sospecho que tardará un poco, iré preparando la maleta despacio, interrumpiendo á menudo la tarea para juntar las manos y aplaudir por anticipado á los presuntos héroes de esa campaña de justicia.

«Lo de que la plutocracia, el clericalismo y todas las oligarquías, viven de apariencias y declinan ya de un modo inexorable, fatal», es una verdad como un templo. Pero como los inventores y propaladores y explotadores de organismos sociales llamados á desaparecer, estarán durante mucho tiempo aún en posesión de los medios de adormecer muchedumbres, crea usted, amigo Morato, que dispondrán de muchedumbres durante mucho tiempo. Acortar ese plazo; esta es la misión de los que, como usted y yo, miramos hacia adelante sin fijarnos gran cosa dónde ponemos los pies.

No le he dicho cuanto pensaba al agarrar la pluma, por que cada punto de los que usted toca en su artículo merecía otro artículo por lo menos; pero como no debía demorar la respuesta, me he limitado á apuntar ligeramente algunas de las ideas que me ha inspirado, sin pretender que se fije usted más que en éstas: No soy pesimista respecto al porvenir: si acaso, un poquito, muy poco respecto al presente; y eso durante un cuarto de hora ó dos cada trimestre. Y por esto:

Cuando miro á los Azcárate, los Melquiades y los Lerroux aisladamente, siento un descorazonamiento que me hace dudar de todo. Pero al pensar en esas muchedumbres de que usted habla, y que van cada día teniendo más conciencia de lo que valen y pueden, me reanimo instantáneamente y me digo: «¡Bah! ¡Pues no soy poco necio! Aquello es lo transitorio; esto lo permanente.»

Cuando miro á España cuajada de conventos, y á los frailes castrando energías, pervirtiendo la juventud, d fundiendo supersticiones, cultivando ignorancias, haciendo de sus templos rediles donde encerrar las ovejas que destinan al esquilero, todo se ennegrece á mi alrededor. Pero al ver que al mismo tiempo tratan de adormecer á los campesinos creando sindicatos agrícolas para retenerlos; y que establecen escuelas donde regalan prendas á los niños para que se los lleven las madres desvalidas; y que crean círculos de obreros para dar á entender que ellos también se preocupan de la cuestión social; y que acuden á defender en la prensa y en los mítins lo que antes imponían despóticamente desde los templos; y que ponen sus conventos á nombre de extranjeros, y los artillan y los blindan; cuando esto veo, vuelve súbitamente á brillar el sol de mi esperanza, y me digo: «¡B. h! Soy un mentecato. Están muertos. Ellos mismos lo confiesan al hacer todo eso!»

Con que quedamos, querido Morato, en que se ha alarmado usted sin motivo;

en que no dudo del porvenir, por que sería blasfemar de mi religión, y yo reservo mis blasfemias para todas las positivas; y en que le agradezco que me haya dado pretexto para charlar un rato con uno de los hombres que más quiero.

Le devuelvo el abrazo y etc. etc.

JOSÉ NAKENS

Nota. El odio de los clericales, no sólo me demuestra que no he perdido el tiempo, sino que me regocija.

Todas las mañanas, de ocho á doce, suelo preguntarme:

«¿En cuántos pulpitos y sacristías estarán en este momento hablando mal de mí?»

Y durante el día:

«¿Cuántos buscavidas, tan incrédulos como yo, estarán moviendo las plumas contra mí en las redacciones donde hay crucifijos, para agenciarse el indispensable panecillo?»

Y suelto la carcajada como un bendito.

Francisco Ferrer

Hoy, 13 de Octubre, hace cuatro años que fué fusilado.

Si Maura y La Cierva pudieran resucitarle, lo harían:

Quien no se dejaría resucitar sería él, orgulloso de los servicios que ha prestado, presta y prestará á la causa del progreso con su muerte.

Conflicto entre dos deberes

El Sr. Azcárate ha asistido á la recepción celebrada en Palacio con motivo de la visita de Poincaré, en calidad de Presidente del Instituto de Reformas Sociales.

No lo censuro: el que sirve no es libre. Además, todo el que acepta un cargo debe cumplir cuantos deberes vayah á él anejos.

Lo único que cabría discutir, es si debió aceptarlo, sabiendo que podía ponerle en ese trance. ¿Mas para qué? Es un hecho; pertenece ya al pasado, y el pasado á nada obliga, *secundum* Alvarez (Melquiades).

Otra es, pues, la cuestión que debemos plantear.

En el tiempo que el Sr. Azcárate ha estado sin parecer por Palacio siendo ya Presidente del Instituto ¿á quién ha faltado? ¿A la Monarquía ó á la República? Porque aquí sí que no caben distinguos: ó ha faltado á la una, ó á la otra.

Si era empleado público, ¿por qué entró en la Conjunción republicano-socialista, creada para impedir la vuelta de Maura al poder y derribar la Monarquía?

Y si era republicano ¿por qué aceptó un cargo que le impone, según ahora dice, el deber de acudir á las invitaciones de Palacio?

Falta de previsión y talento fué la suya

al aceptar el cargo aquel, pues ha podido verse en este caso.

Supongamos que un día la Conjunción hubiese acordado realizar cualquier acto revolucionario contra la Monarquía, y avisa al Sr. Azcárate para que acuda á ocupar el puesto que le correspondía.

Y supongamos que da la casualidad que á la misma hora recibe una invitación de Palacio, para que vaya, como Presidente del Instituto de Reformas sociales, á celebrar una conferencia con el Rey.

¡Formidable conflicto entre dos deberes, y más para un hombre que se ha pasado la vida alardeando de conciencia! ¿Qué hacer? ¿A donde acudir? Como enemigo del régimen, á la barricada: como empleado público, á Palacio.

¡Qué terribles perplejidades hubieran sido las suyas!... Tan pronto habría cogido el gorro frigio, como el frac... Y con una de esas prendas en cada mano, sin saber cuál ponerse, ¡cuánto no hubiera sufrido!

Habríase colocado maquinalmente el gorro al oír á la consecuencia gritarle con acento severo: «¡No te deshonres!»; pero habríalo arrojado lejos de sí, al ordenarle imperiosamente la vanidad: «¡Ponte la librea!»

Colocado ante el espejo, habría advertido que si el gorro le estaba mal por no haber sido nunca verdaderamente republicano, el frac le sentaba peor por ser prenda entre aristocrática y lacayuna, y faltarle á él bastante para aristócrata, y sobrarle algo para lacayo.

Afortunadamente para el Sr. Azcárate el conflicto no se le ha presentado, y puede continuar acudiendo como funcionario público á Palacio, sin temor á que el día que las Cortes se abran se levante un diputado republicano y le diga:

«En nombre de mis compañeros, del Pueblo y de la moral política, ruego al Sr. Azcárate que se sirva impedir que le exhonremos del honrosísimo cargo de Director de esta minoría, presentando ahora mismo la dimisión.»

Sin temor, sí; pues tales tiempos alcanzamos, que ningún diputado republicano se atreverá á realizar un acto tan lógico y tan justo, y que contrapesaría en parte, por su masculinidad, las faltas y los errores en que, por egoísmos bastardos y ambiciones mezquinas venimos haciendo tiempo incurriendo.

¿Pero qué han de hacerlo, si esos diputados son los mismos que, cuando Azcárate y Melquíades y Lerroux pronunciaron en el Congreso aquellos discursos que destruyeron al partido republicano, no se creyeron obligados á protestar contra los que, con cinismo inconcebible, se divorciaron, cada uno á su manera, del Pueblo á quien debían el estar allí?

En los tiempos aquellos en que los hombres no traficaban con sus ideas y cada cual se envanecía de ser el primero en el sacrificio, hubieranse disputado todos la honra de pronunciar esas palabras. En los actuales, netamente *azcaratianos* y *melquiadinos*, cabe dudar, por lo menos,

de que haya alguno. ¡Y eso que son tantos! Creo que cerca de cuarenta. Mas ¡ay! no de esos de quien puede decirse: «por sus obras los conoceréis.»

Cuando pienso que cinco bastaron para destruir el imperio francés, á pesar de haberse puesto á su servicio el Alvaréz de allá, (Olivier), pienso que no siempre es cierto el adagio: «lo que abunda no daña».

En el republicanismo español es más verdadero éste: «Lo que daña, abunda»

Lo de la intoxicación

¿Qué fué? Lo siguiente:

Me dijeron que debía tomar yodo, por que en la vejez se van secando no sé qué partes del organismo que conviene mantener jugosas, indicándome de paso que el preparado *Riodine* era uno de los mejores y el más fácil de tomar. Y hasta me regalaron un frasco.

Leí el prospecto para administrármelo, en mi afán de ver si puedo disfrutar todavía de tres ó cuatro *abril*es para acabar la tarea que hace medio siglo me impuse, y entereme de que podía envasarme hasta seis capsulas diarias.

El primer día me engullí tres, y al siguiente cuatro, dos por la mañana al desayunarme y dos en el almuerzo, y pasé la tarde trabajando provechosamente.

Cuando hete aquí que á eso de las cinco y media empieza á bailar todo en derredor mío, silla, mesa, tintero, y yo á sentir unas angustias y unas arcadas de superior calidad. Me levanto con gran trabajo, y tambaleándome y apoyando mis manos en la pared puedo llegar á la cama, y medio gateando tumbarme en ella, en el momento preciso que las náuseas me destroncaban. Agarréme ansiosamente á los hierros de la cabecera, por que la danza macabra continuaba y me parecía que en una vuelta de aquellas iba a verme en el santo suelo ó estrellado contra la pared.

¡Vaya un ratito! No se lo deseo ni al Papa. No podía resistir la luz, ni que me hablasen, ni hablar yo, ni que apoyasen siquiera una mano en la *piltra* (cama en caloré). No me he sentido nunca tan susceptible.

Al cuarto de hora próximamente, según más tarde me enteré, medio dije que llamasen al Dr. Valdivieso; y mientras fueron por él siguió su curso la procesión, es decir, el baile, las arcadas, las angustias, los vómitos, etc. etc., con tanta intensidad y llegando á tal extremo, que cruzó por mi cerebro (si aquello era cerebro ya) la idea del finiquito.....

(Suponiendo que al llegar aquí habrá quien se pregunte: ¿qué pensaría Nakens en aquel momento?, voy á tener el gusto de decirselo al respetable público.)

Pues sencillamente en que me iba, sin dejar hecho todo lo que deseaba hacer. Y en nada más que esto.

¿Que si no pensé en el más allá? Ni

por pienso. Bueno estaba yo para pensar tonterías.....

En esto llega Valdivieso; le digo sin poder abrir los ojos ni levantar la cabeza lo ocurrido; me hace beber agua con almidón; sigo sintiendo lo mismo que sentía; me quedo traspuesto; despierto igual que estaba; y vuelta á dormir, y vuelta á abrir los ojos. Valdivieso me dice que sufro la borrachera del yodismo, (desde aquel día no comprendo que haya borrachos) y se despide hasta la mañana próxima.

Paso la noche amodorrado unos ratos, arrojando otros, sin alientos ni para mover la sábana ni para pronunciar una sílaba; hecho un trapo, en fin.

A la mañana siguiente me encuentra Valdivieso poco más ó menos; receta; vuelve por la tarde; me anuncia que seguiré así dos ó tres días, aunque mejorando poco á poco.

Y así fué.

Me levanto la mañana del miércoles, y haciendo piruetas, por que á cada paso perdía el equilibrio, me siento en mi trono otra vez (en mi silla), y me pongo á hojear periódicos.

A los diez ó doce minutos me da un mareo, que á poco no me describo; corro á la cama, donde caigo como un leño; me levanto á la media hora, vuelvo á dirigirme á la mesa, me sucede lo que antes, y paso la mañana echándome y levantándome.

Entra Valdivieso, me ve á la mesa, se incomoda, me manda acostar y...

Ahora entra la parte más lastimosa...

Nada tan insoportable como un médico, que además es amigo particular, cuando comienza á prescribir el régimen á que el enfermo debe sujetarse.

Después de indicarme lo que debía comer y beber y de reglamentarme hasta la respiración, ¡reglamentaciones á mil! me dice:

—No trabaje usted tanto. Trece ó catorce horas diarias es mucho. Haga usted ejercicio: pasee siquiera un par de horas todos los días. De no tener un organismo tan fuerte como usted tiene, ya hubiera contraído una enfermedad grave por pasarse dos y tres meses sin salir de casa. Hay que distraer la imaginación, dar descanso al cerebro...

Ofrecíle muy serio seguir sus prescripciones, y efectivamente: cuanto se marchó volví á sentarme á la mesa.

El jueves disminuyeron los mareos, el viernes desaparecieron del todo, y el sábado trabajé ya con la cabeza completamente firme.

¡Dios no quiere la muerte del pecador!

NOTA. Cuanto lea Valdivieso todo lo que he escrito para este número, va á echarme otra filípica.

La soportaré resignado. Los que tienen derecho á mi agradecimiento, pueden hasta zaherirme sin que yo proteste.

Artículo notable

Lo es el que con el título *Dos notas episódicas, una de estética, otra de ética*, ha publicado *España Nueva*:

La primera nota se refiere al espectáculo que vió Poincaré en Toledo, de un grupo de hermosísimas muchachas con mantillas de blonda, prendidas de flores, sobre un trono de mantones de Manilla, por entre cuyos flecos se veían los arabescos de la traza. Y la segunda, refiérese á la asistencia del «integérrimo Azcárate á la recepción de Palacio, dice así:

«La otra nota ha sido de ética, y tan lamentable como afortunada la ya descrita.

La ha dado un anciano patricio que si no fué nunca popular, porque los pueblos tienen un instinto profético, fué respetado de las masas por su gran talento y por la austeridad y lealtad de que blasonaba.

El viejo prohombre ha tenido la inoportunidad de rendir su lealtad y su austeridad á los pies de un trono, ante la presencia de un extranjero cuya vida política descansa en el cumplimiento de esas dos grandes virtudes ciudadanas; ante la presencia del presidente de una República que representa la encarnación de esos ideales tan deplorablemente traicionados.

La etiqueta secó seguramente una lágrima en los ojos del ilustre testigo de tan vergonzosa escena y la cambió por una sonrisa piadosa; pero no logró amortiguar la llamara del pudor en su noble semblante.

Hacemos la gracia de creer que con los achaques de su edad proveya ese desdichado ha perdido también su talento; sólo un cerebro desequilibrado puede desgarrar y manchar la severa clámide del justo, el más honroso sudario, á los dos pasos de la tumba.

Al día siguiente de la recepción solemne, los ujieres de Palacio habrán recogido, entre las pequeñas prendas, guantes, pañuelos, etc., que suelen quedar extraviadas bajo los muebles de los suntuosos salones, como epílogo de estas grandiosas fiestas, una lealtad y una austeridad á las que seguramente no habrán dado la menor importancia, porque son habituales barreduras de las mansiones regias.

La historia de toda una vida de apostolado popular ha sido barrida por las escobas palaciegas.

¡Lágrimas asoman á nuestros ojos, y llamaradas de rubor encienden nuestro semblante!

Afortunadamente, nosotros podemos darlas libre expansión, porque no nos cohibe la etiqueta.

Cuando nuestro ilustre huésped vuelva á París y se encuentre entre los suyos, seguramente que, al narrarles las impresiones de su rápido viaje por España, estas dos notas episódicas tendrán la primacía del relato, como más vivas é inolvidables.

—He visto—les dirá—un montón de muchachas hermosas, ataviadas con flores y mantillas de blonda, sirviéndoles de trono las ruínas de una vieja alcazaba toledana, y he visto á uno de los más ancianos y más respetables republicanos tirar la historia de toda su vida á los pies del Trono.

Y la hermosa impresión de la una—añadirá—no ha bastado á borrarle la triste de la otra.»

¡De primera, de primera!

LUSITANAS

La República

¡Vamos muy pesimistas hacia Portugal.

Las diarias noticias de conspiraciones en el interior, de confabulaciones en el extranjero, de intrigas internacionales dirigidas por la diplomacia alemana, de amenazas de intervención armada por parte de España secretamente pactada en Berlín é inspirada por el Vaticano; de contubernio de jesuitas y sindicatas para secundar todo proyecto revolucionario de hacer imposible la vida regular y tranquila de la joven república; todos esos anuncios, barruntos y agüeros asomados sin cesar en las columnas de la prensa española, nos llevaban á Portugal con el anhelo y tristeza de visitar á un sér queridísimo rodeado de agonías...

Alomar definía perfectamente el concepto que allá llevábamos, con el título de su reciente artículo «La República mártir».

La sorpresa que nos esperaba no podía ser más grata.

Desde el momento de entrar en la frontera portuguesa y al ir penetrando en esta región de hermosura creciente y de creciente exuberancia, hasta llegar á Lisboa y recorrer sus calles, nos íbamos preguntando con ansia:

—¿Dónde está el pesimismo? Dónde se hallarán los reflejos de aquellas fatídicas predicciones?

Los busqué en todas partes inútilmente.

Ni en las aldeas ni en las ciudades; ni en el campo ni en la urbe, ni en las grandes avenidas ni en la ennevada callejuela, ni en el salón público ni en la choza escondida, en parte alguna percibe el auscultador la más leve señal de alteración orgánica. Todas las funciones sociales verifícanse con entera normalidad, sin exacerbación y sin debilidad. Nadie diría que este pueblo sale de una revolución honda y extensa que ha trastornado todos los órganos y cambiado toda la vida de la nación. La república nacida hace tres años solamente, actúa en las ideas, en las palabras y en las obras, no como Estado recién constituido, sino como sér varonil, robusto y experto, perfectamente educado y habituado á la vida política.

¿Será tal vez—me dije—que la nación portuguesa se duerme sobre sus laureles y no se da cuenta de esos trastornos que la amenazan por arriba y por abajo, en

el horizonte internacional y en sus entrañas mismas? ¿Será que ignora la intriga jesuitica que á partir del Vaticano, puede pasar por Austria y Alemania y soliviantar la España para precipitarla en el Océano, y mover con los resortes diabólicos del clericalismo los focos jesuítico-anárquicos que viven latentes en el seno de la nación?

Y sobre esto pregunté á diplomáticos, á paisanos y á militares, altos y bajos.

Si lo conocen todo perfectamente; poseen los secretos de la política clerical; conocen las ambiciones extranjeras de los unos, las alcahuetas de los otros, las actitudes de majos de los de acá y los astutos cálculos de los de allá.

Los conocen, los suman, los combinan bajo todas las formas posibles y sonríen...

—¡Todo eso es sueño de locos!...

Y es cierto: todos temen por la suerte de la República portuguesa, menos los republicanos portugueses.

Este estado de cosas, esta «república mártir» merece bien algunas observaciones.

Esta vida perfectamente normalizada tiene su explicación. La República es vieja ya en Portugal. Fué proclamada ayer solamente; pero de hecho vivía hace tiempo en la conciencia del pueblo portugués; como que hacía tiempo que en él había muerto la Monarquía.

Ella se destruyó con sus inmundicias, con sus vicios, con sus abusos, con sus errores, con su desprecio al pueblo. Ella se había extrañado de Portugal viviendo en la nación como corona aplastante y postiza, insensible á los males de la patria, indiferente á las dolencias populares, atenta sólo á su medro y al medro del enjambre de los cortesanos corrompidos, fatuos, ignorantes del tiempo en que vivían, desdeñosos del porvenir que invade la vida; pagados de la fuerza de unos pergaminos sacados del pellejo de las generaciones pasadas; creídos de ejercer sobre las masas una influencia deslumbradora con el esplendor de pasados glorias detrás de las cuales la ilustrada mirada del pueblo lee los crímenes y obscenidades del canalla afortunado y del aventurero con éxito.

Y cuando vino el desahucio de la monarquía, la aristocracia y el clero, que fiaban en la indignación popular y en las iras de las masas, encontráronse con el desconsoador espectáculo que presenció en Barcelona el jesuita Amador Ruiz y que describía descorazonado en su relación de la revolución de Cataluña de 1909:

«El pueblo todo se agolpaba alrededor de los conventos en ruina y del rescoldo de los sagrarios, encogíendose de hombros y diciendo, aún los católicos: realmente eran demasiados frailes y demasiadas monjas.»

Esta era la sentencia de la conciencia de la Patria contra el soberano que la oprimía, y esto se repitió en Portugal, cuyo pueblo dijo al ver salir los monarcas:

—¡Era demasiada monarquía éstal

Y el pueblo todo sintiéndose satisfecho y contento, como la familia que ha logrado despedir de su recinto a un huésped molesto y hediente, que había tomado el señorío de los mismos que le soportaban.

Por esto la República portuguesa es firme é incommovible y está segura de sí misma. Vivirá, porque en la conciencia nacional murió para siempre la Monarquía.

Murió en la conciencia del pueblo extenuado, oprimido y vejado por reyes que pusieron su autoridad en la fuerza del ejército, y no en el corazón de los vasallos, que es el único trono sólido y honrado.

Murió en la conciencia del ejército, que sintió vergüenza del deshonesto papel que la monarquía le tenía adjudicado de hacerse encubridor de la inmoralidad y sostén de la impunidad de los delitos monárquicos.

Y murió aún en la conciencia del clero sano y conciente, que advirtió que lo habían tomado como instrumento de opresión el más vil é infame, por obligarle a sostener sobre el pueblo portugués la simulación de una autoridad moral, religiosa y cristiana, que el sacerdote ilustrado veía ser condenatoria de los de arriba y anatema del mismo soberano que la prostituta.

Por esto vive la república: porque ha muerto la monarquía.

Y por esto vivirá, porque la monarquía no puede resucitar. Ha muerto por disolución y no por traumatismo. De su cuerpo no quedan piel, ni carnes, ni huesos: todo podrido, y deshecho, agusanado y diluido en el oxígeno que está carbonizando sus últimos residuos.

La monarquía no ha sido propiamente vencida ni desterrada por los enemigos: ella se devoró a sí misma. El rey fué un suicida. La familia y la corte monárquica, un día devoraron su propia dignidad; otro día su prestigio; otro día su vergüenza; otro día su moral; otro día su senectud.

Y vino el momento en que el pueblo notificó a la Monarquía la imposibilidad de soportarla; el monarca llamó al Ejército, y este respondió: «Basta ya; el Ejército es el defensor de la Patria y de su honor; no puede defender la deshonra, oprobio y baldón de la Patria.»

Y ahí tenéis al soldado portugués cruzando las calles, no con el gesto de servidor de un rey de dudosa conducta, ni de lacayo de corte, ni de aspecto verduguil: no, no es el instrumento automático é inconsciente. Vedle cruzar las calles, el oficial como el simple soldado, con el rostro iluminado por su perfecta conciencia, brillando en su conjunto fisonómico el alma de la Patria, de la justicia y del honor, orgulloso de sí mismo, diciendo erguido a los pueblos extranjeros: «No soy servidor inconsciente de un soberano desconocido: soy el centinela y defensor de la Libertad, de la Fraternidad y

de la Igualdad, representadas en mi Patria y en el concierto mundial por la República portuguesa.

«Soy el pueblo que se defiende a sí mismo. Mi uniforme no es una librea, ni mi correa un servicio: es la afirmación del Derecho y el símbolo de la voluntad de la Nación, que ha proclamado la justicia sobre el rey que juró honrarla y que la deshonoró: que juró servirla y la usó para su servicio: que juró glorificarla y proscribió a la glorificación de sus caprichos y de sus vicios.»

¿El ejército del Rey?

Desapareció. Se fué con la monarquía, llevándose sus millones, sus pergaminos y sus responsabilidades. Contra él está en Armas el Ejército de la Patria.

Contra esta conciencia nacional ¿qué puede el intervencionismo vaticano? Nada absolutamente.

Los que hubiesen de intervenir tienen dos vetos: el de las naciones que lo prohíben y responderían a una intervención con otra, y el veto de todos los extranjeros que en sus respectivos países se levantarían contra sus propios gobiernos el día que estos cometiesen la insensatez de llevar los hijos de sus pueblos a defender la deshonra de una monarquía que se deshonoró a sí misma.

Y esto lo sabe el pueblo portugués. Y por esto llama delirios de loco a los augurios de las lechuzas que a lo lejos le presagian desventuras.

Y al salir de la frontera, el excursionista trae esta impresión: la República de Portugal es incommovible.

S. PEY ORDEIX

Después de las fiestas

La semana anterior dedicó la Madrid oficial al Presidente de la República francesa, que ha venido a pagar la visita que el rey D. Alfonso XIII le hizo allá por Abril ó Mayo de este año.

A pesar de cuanto la prensa ha dicho, el entusiasmo popular ha brillado por su ausencia, como antiguamente se decía.

Y se comprende. El Pueblo sabía que esa visita, como la otra, se relacionaba con la guerra de Marruecos, y no ha hallado motivos para entusiasmarse.

La fiesta oficial, claro es, fué lo que debía ser; espléndida. La recepción en Palacio como siempre, fastuosa; con una novedad sobre las anteriores: que asistió a ella y fué presentado a Poincaré en clase de Olivier en miniatura, el integerrimo Sr. Azcárate.

Poincaré y su séquito llevan de Madrid impresión halagüeña, aunque falsa, porque el Madrid que han visto no es el verdadero.

El verdadero es el que vemos a diario y sin percalinas ni faroles, los que en él vivimos: ese que hace un par de semanas recorría una madre angustiada llevando en brazos una niña atacada de difteria, sin encontrar suero en ninguna

Casa de socorro; ese por el que andaba tres ó cuatro días después otra madre con el cadáver de su hijo, en brazos también, sin encontrar edificio caritativo donde se encargaran de tenerlo en depósito hasta que lo enterrasen; ese Madrid en que el hambre reina, la tisis impera, la honradez gime en la pobreza y la inmoralidad redime de la miseria.

Después de todo, debemos alegrarnos de que Poincaré y sus acompañantes no hayan visto el Madrid ese. Podrían haber creído que es en nosotros una fatuidad sin nombre el meternos a civilizar á los marroques.

CONVIENE REGISTRARIO

La Economía Nacional, de Barcelona, que dirige D. Guillermo Graell, secretario del Fomento del Trabajo Nacional, se queja de la resolución del gobierno poniendo límite a la jornada de los obreros textiles, en la siguiente forma:

«Los fabricantes de Cataluña no se dejarán llevar nunca de pasiones aviesas. Ellos fueron los que hicieron el más importante descubrimiento a que se debió la restauración; ellos descubrieron al general Martínez Campos, lo fomentaron y lo impulsaron hacia Sagunto, y el general victorioso presidió las sesiones inaugurales del Fomento del Trabajo Nacional y nos dispensó toda su valiosa protección. La fabricación agradecida ha permanecido siempre al lado de un trono que fué objeto de sus cariños. A este trono se van acercando ahora los elementos más valiosos del partido republicano, y todos esperamos impacientes que pronto, muy pronto, dentro de dos ó tres meses a lo sumo, contribuyan con sus iniciativas a la prosperidad nacional. Y en momentos tan trascendentales, ante esperanzas de esa magnitud, se promueve una huelga artificial y se entregan las masas al enemigo conocido de esos elementos que se acercan a la monarquía, y se las entregan a expensas de fabricantes que son el antiguo y más firme apoyo de ésta, suprimiéndoles todo derecho por Real decreto.

«Et nunc reges erudimini.»

Los fabricantes de Cataluña hicieron la restauración. A los que pensamos que el factor económico es el eje de las sociedades, a los que sostenemos que en todo movimiento social hay ochavos ó cosa que lo valga, nos importa mucho sacar esta confesión paladina de un periódico técnico, de público restringido y casi profesional, para trasladarla a las columnas de un periódico popular que anda en muchas manos...

Nos es simpático el director de la revista barcelonesa, el Sr. Graell. Así se habla. Los fabricantes catalanes descubrieron, fomentaron é impulsaron a Martínez Campos, pero fué—por lo visto—con el conque de que se les había de asegurar no sólo el mercado interior—«interior» fueron las colonias cuando las había—sino una mano de obra barata, sumisa y sin leyes reguladoras de la jornada. Un régimen de «libertad de trabajo» y de aranceles altos.

Y nos parece bien que se recuerde esto, con el «preámbulo» de que los fabricantes susodichos nunca se dejarán llevar—por la cuenta que le tiene á su monopolio, añadimos nosotros—de pasiones aviesas.

Lo que no comprendemos es la relación que todo esto pueda tener con la aproximación á la monarquía «de los elementos más valiosos del partido republicano.» Y no lo comprendemos porque precisamente uno de esos elementos valiosos—D. Laureano Miró—se colocó resueltamente al lado de los huelguistas y los defendió bien, muy bien desde *La Publicidad*; estábamos por decir que en esta defensa nadie le igualó en Cataluña, salvo si declaramos defensa las frases rimbombantes y las palabras gordas.

Pero, en fin, como eso de que el extinto Sr. Alvarez se pase ó no se pase á la monarquía—por él no deben sentirlo los republicanos, por algunos de los elementos que con el vayan, si—es cosa liviana, dejemos esto y hagamos constar de nuevo que los principales factores de la Restauración se sienten defraudados porque la huelga no se resolvió de otro modo.

Y para enseñanza de todos destacamos bien la declaración de que los fabricantes catalanes son el antiguo y más firme apoyo del trono, con lo que implícitamente se declara que los obreros enemigos de esos fabricantes son todo lo contrario, y por ende que quien cohiba, perturbe ó destruya la organización de los obreros, colabora con los fabricantes en la tarea no sólo de sostener el actual régimen económico sino también el trono.

Lección ó declaración que acaso no es inútil recordar y destacar.

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

El Vaticano y la política española

La prensa de todos colores está comentando la siguiente circular pasada por el Nuncio á los obispos de España:

«Habiéndome comunicado por la Secretaría de S. S. ciertas instrucciones de la S. C. de Religiosos relativas á la conducta que deben observar los Regulares en España, á fin de proceder acordes y sin divergencias en puntos de tan capital importancia, me complazco en comunicarlas á V. S. para que, interponiendo el influjo de su autoridad, procure urgir con el mayor celo y eficacia entre los súbditos confiados á su paternal solicitud el fiel cumplimiento de cuanto en ellas se contiene:

1.º Como los Religiosos deben merecer la confianza de todos los fieles, es necesario que no se interesen por ningún partido político, sino que estén y se muestren ajenos y superiores á todo partido.

Los Superiores mayores de Ordenes y de institutos Religiosos pondrán especial diligencia en que sus respectivos súbditos:

a) Se abstengan de polémicas y disputas meramente políticas.

b) No se ocupen de política en la dirección espiritual de las almas, ni en la

predicación, y esto con tanto mayor motivo cuanto que en tal concepto han tenido lugar no pocos avisos.

c) No fomenten los choques ó discusiones interiores causadas por pasiones políticas.

2.º Los Superiores deberán tener presente que algunos Religiosos, aun insignes, pero de diversas tendencias políticas, dando consejos frecuentemente contradictorios á católicos eminentes, causan daño y confusión en la orientación político-religiosa de España.

3.º Procuren los Superiores mayores que en las Revistas ascéticas, tan numerosas en España, no se aluda á personajes políticos, no se trate de asuntos políticos, de tal suerte que leídos por los adversarios, y, tal vez hasta en las Cámaras, puedan suscitar odio contra los Religiosos y promover contra ellos medidas de rigor.

4.º En la Sociología vean la manera de refrenar los ardores de aquellos que quisieran imitar á los célebres abates democráticos de Francia y de Bélgica, tanto más cuanto que el prurito de introducir en España todo lo que viene del extranjero es cosa muy peligrosa, como ya se advirtió en carta de la Secretaría de Estado al Obispo de Madrid.

5.º Vigilen el baskaitarrismo de algunos Religiosos vascongados, los cuales, con esa actitud separatista, no sólo pierden el espíritu de la Orden, sino que se hacen odiosos al Gobierno y á la Nación. Conviene que vigilen también al catalanismo, aun cuando en este último parece notarse menos falta de prudencia y moderación.

Hasta aquí las instrucciones, cuya aplicación se fia al celo y vigilancia de Vuestra Señoría, esperando que además de comunicárselas, hará lo posible porque todos sus súbditos las observen, ateniéndose, no sólo á la letra, sino aún más, al espíritu que las informa, y rechazando en la inteligencia de las mismas toda interpretación apasionada ó tendencia con aquella franca y leal fidelidad que caracteriza á los hijos sumisos de la Santa Sede.

De esta suerte cooperarán todos los Religiosos á mantenerse unidos con una sola norma de sano criterio, y serán lazos de unión para cuantos los rodean, procediendo todos con unánime esfuerzo al mayor triunfo de nuestra santa fe en esta católica nación española.

Con este motivo me es muy grato reiterar á V. R. las seguridades de mi aprecio más distinguido. —Su atento seguro servidor Q. B. S. M.— FRANCISCO ARZOBISPO DE MICA, Nuncio Apostólico. —(Es fiel copia.)

La opinión liberal ha celebrado como triunfo estas instrucciones vaticanas, que vienen á constituir un «alto el fuego!» á carlistas, separatistas y católico-socialistas.

Muchos bemoles tienen estas instrucciones, de las cuales, como de todos los actos del Vaticano, puede decirse: «¿Jesuita y se ahorca? Cuenta le tiene.»

No es el bien de España ni de la monarquía el que inspira estas instrucciones, sino el *egoísmo* vaticano, cuya política se pierde en los principios de la moral simoníaca: «hago para que hagas; te doy para que me des; digo para que digas; callo para que calles.»

El precio de estas instrucciones de paz

y tregua, habría que buscarlo en las instrucciones que á la vez el gobierno habrá dado al embajador del Vaticano, con pactos, promesas y seguridades de dar á su vez otro «alto el fuego!» á las fuerzas liberales del gobierno, que podrían alcanzar á puntos muy delicados y graves.

Los que no dicen la misa si el estipendio no va por delante, no dan instrucciones más difíciles de redactar que un *oramus*, si el pago y la limosna no les han precedido.

Esto es lo que ignoraremos hasta que los ministros del rey se dignen notificarlo al pueblo español, que será la oveja muerta y comida en esta Junta de rabadanes.

Fuera de esto, y dejando aparte la ninguna eficacia que tendrán tales instrucciones, verdaderas coplas de Calainos para el clero belicoso, hay en este documento del Vaticano una grave cuestión de principio que el gobierno de la nación, y menos el liberalismo, pueden aceptar.

Esta cuestión es la *intervención del Vaticano en la política española* y la negación de sus derechos políticos al clero nacional.

Aunque sea para imponer silencio, ó para vendernos favor, no debe aceptarse esta ingerencia. Reconocer en el Papado el derecho de ordenar el *alto el fuego!* hoy, sirve de precedente para afirmar su derecho á ordenar mañana el *fuego á discreción*. ¿Quién es el Pontífice para meterse á dirigir la *política* de los ciudadanos españoles?

El documento no se percató de enseñar la oreja, en frases como esa de «causar daño á la orientación política religiosa de España.»

Aquí están la máscara y el antifaz; en la mezcla de la *religión con la política*.

Si hay una política-religiosa, hay también una religión-política; y esto es el Vaticano: un centro político con máscara de religión, que en el momento oportuno para sus ambiciones sabe convertir la comunión general en jura de banderas de requetés, y el *Tantum Ergo* en trágala á los políticos adversarios.

Y harto sabemos que si el Nuncio publica á la faz del mundo esas *instrucciones pacifistas* ineficaces, cuando trata de dar instrucciones de guerra se guarda de la publicidad, hablando á obispos y abades en aquella forma con que el obispo de Madrid notificó al P. Mir las órdenes de la Santa Sede, *de palabra* y sin testigos que pudiesen acreditar lo dicho.

La política española debe rechazar este favor y limosna del Vaticano: antes perecer con honra que vivir de la limosna de un intruso cuya buena intención ha de ser siempre para mayor mal.

Y esto dicho... ahí quedan los pobres integristas, carlistas y nacionalistas, desplumados á la faz del mundo y en el papel más ridículo.

¿Qué harán al leer tales instrucciones? ¿Cantará la palinodia el obispo Torras y Bages, apostol de la *nación catalana*?

¿La cantarán *El Siglo Futuro* y *El Correo Español*?

¿La cantarán los jesuitas, padrastrós del *requeté*? ¿Quemará la bandera que bendijo el obispo de Barcelona?

No; aquí no pasará nada. Obispos y frailes saben que estas instrucciones pertenecen al género aquel de actos pontificios *forzados*, que los Papas suelen hacer para agradar á los gobiernos, sin ánimo de que se cumplan.

De modo que la guerra seguirá igual, y el Vaticano habrá cobrado el precio de la tregua que *paternalmente* nos concede, dejándonos sin paz y sin plumas.

Almas ausentes

Cuando habléis con algún reaccionario de talento,—clerical—estarla mejor dicho,—lo primero que debéis hacer es dudar de su sinceridad. Departiendo con el autor de estas líneas hará unos doce años, el Sr. Benot, que era, como sabido, candoroso y recto en la intención y en el pensamiento, al referirse al Sr. Menéndez y Pelayo, añadía un inciso demoledor: «de cuya sinceridad dudo.» ¿Por qué dudaba el austero federal, el hombre justo y leal, incapaz de ligerezas de juicio, incapaz de pensar maliciosamente? Algo habría visto á oído en su trato con el ilustre profesor, con el hombre insigne, que autorizase la duda.

¡Hay tantos sometidos!

Los reaccionarios, los clericales, tienen el poder y la riqueza; los radicales no tienen sino la escasez y la penuria. Aquéllos pueden empujar, y empujan, á quien los sirve á los honores y al bienestar; los radicales no pueden ni aun poner á los suyos á cubierto de la miseria, tanto que cuando muere un Pi y Margall, un Salmerón, un Alfredo Calderón, un Sánchez Pérez, un Sol y Ortega se sobrentiende que la familia queda sin recursos, como es pleonasmo decir que «la familia queda á cubierto de las necesidades materiales» cuando fallece un prohombre de la otra banda. ¿Gozaría el Sr. Pidal de tantos sueldos, gajes, emolumentos, gratificaciones, cesantías, dietas y sinecuras si no fuese el hombre de la fe católica, y por lo mismo el paladín de un régimen social de oprobio, de explotación, de miseria, de envilecimiento?

De aquí se deriva que todo hombre de algún mérito que permanece en la izquierda—y mejor cuanto más en la extrema izquierda—, nadie puede dudar de que está en aquel puesto de cuerpo y alma, íntegro, resuelto, total; mientras que en todo hombre de valer colocado en la derecha, cabe sospechar si estará allí por debilidad, por ansia de bienes materiales, por deseo de posiciones; es decir, que estará teniendo en otro lado las más nobles potencias de su espíritu, los más angustios sentimientos de su corazón.

¡Ah, si fuese posible invertir los términos! ¡Ah, si la riqueza y el poder estuvie-

sen en la izquierda, cuán pocos hombres permanecerían en la derecha!...

Por ejemplo, y descendiendo mucho, muchísimo, por ahí anda un Sr. Aznar, no desprovisto del todo de mérito, y hoy uno de los soportes «sociológicos» del catolicismo nacional, y aun del carlismo ó jaimismo. Con igual mérito que ahora,—¡cuidado que el hombre es mediocre!—vivía á salto de mata cuando no era paladín «sociológico» de la religión de nuestros mayores y sus aledaños. Se convirtió, digámoslo así, y hoy vive bien, es casi prohombre, y en su hogar hay abundancia, y á los católicos les sirve. Pero ¿los sirve igual que serviría á sus antiguas, íntimas y sagradas convicciones? ¿No sentirá alguna vez amargura, desaliento, cuando, para escribir ó hablar, haya de pedir al sofisma y á la falacia armas con que combatir lo que su razón acaso lo diga á voces que es verdad? Y se cita el caso de este Sr. Aznar, no porque el profesor de sociología católica del Seminario de Madrid sea algo que se sale de lo gris ni ese es el camino, sino como ejemplo, como tipo.

¡Y como éste hay tantos!

A lo mejor un riquísimo fabricante, incluso mal famoso de los obreros, en la intimidad declara inminente, fatal y hasta salvadora la revolución social. A lo mejor un funcionario empingorotado, conservador á machamartillo, que oye su misa todos los domingos y fiestas de guardar, nos sorprende en la intimidad—¡siempre en la intimidad!—con teorías y doctrinas disolventes. A lo mejor raspamos un poco—y aun sin rasparle—á un director de periódico fervoroso y resueltamente dinástico, y nos encontramos v. gr. con un anarquista...

Saulo cayendo en el camino de Dimaasco para pasar del poder á la opresión, del bienestar á la penuria, es admirable; cayendo en el camino de Fuente Saucó para pasar de la opresión al poder, de la penuria al bienestar, merecería todos los salivazos.

¿Que en la izquierda los hay que están bien; que en la derecha acaso los haya que estén mal? Pues no serán sino excepciones, que, como todas, confirman la regla, y así podrá decirse: D. Fulano vive bien á pesar de sus ideas avanzadas; y por el contrario: D. Zutano vive mal, con agobios materiales, á pesar de sus ideas de «orden».

Querido D. José—y usted perdone el tono doctoral,—la mentira y el fingimiento y la apariencia pueden durar años, muchos tal vez, pero indefectiblemente se hunden y desaparecen. Todo lo que es contra natura, en fuerza de artificios podrá vivir algún tiempo, más no eternamente.

El caso de Portugal es decisivo. En punto á arraigo aparente del clericalismo allá se iba con España, y aun puede que la superase, y, sin embargo, allí fué posible lo que en Francia—la ímpia, la de tres repúblicas, la de una revolución admirable, sin par—costó más de treinta años. Es decir, que todo aquel prestigio

y aquel poder eran una solemnísima mentira. Es decir, que si la religión y sus aledaños contaban con muchos paladines, con un ejército innúmero, acaso los soldados y los candillos estaban descando pasarse al enemigo, ó por lo menos hemos de convenir en que han visto impasibles cómo venía dicho enemigo...

El caso es que nosotros somos los más y los mejores, sólo que no tenemos dinero, única fuerza positiva del adversario.

Nosotros peleamos por ideales, aquéllos—no niego las excepciones—pelean por la soldada.

Y no es lo mismo.

J. J. MORATO

PROTESTO

Porque el cán se rinde y llega humilde á besar la mano de su amo cuando le pega, el sabio género humano, en solemne votación y en escrutinio formal ha hecho esta declaración: «El perro es el animal más hidalgo y más leal que existe en la creación, del «género» con «perdón».

Quien comete tal acción, quien lame ó besa la mano que le azota y le avasalla, es, bimanio, cuadrumano, ó cuadrúpedo, un canalla que une á la canallería la nota de cobardía.

Disculpe el género humano esta humilde opinión mía, este yerro—si es que yerro—pero si á mí, siendo perro, me pegaran, mordería.

Y de hombre si hubiera quien mi carne de hombre azotara y en esclavo me tratara, le mordería también.

Por lamer y besar manos cuando ellas le tratan mal llevan los perros bozal, tienen los hombres tiranos, y sufren la triste pena de mirarse reducidos á vivir dando ladridos atados á una cadena.

JOAQUÍN DICENTA

Poesías festivas anticlericales

de

renombrados autores

PRECIO: UNA PESETA

Mi paso por la Cárcel

(2.ª edición)

Precio: DOS pesetas.

EL MOTIN



—¿A dónde va usted tan aprisa, Don Gumersindo? ¡Se va usted á estrellar!
—A ver si hoy le han limpiado ya las botas á Su Majestad el rey Don Alfonso XIII (q. D. G.). No tengo más remedio. ¡Como soy Presidente del Instituto de Reformas sociales!

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior	5655'78
Juan Porta (R. Argentina) ...	2'00
Angel Arés (Sada)	1'00
Juan Fernández (idem)	0'60
Francisco Oliver (Luchmayor)	2'00
Tomás Carmona (Montellano)	2'00
Manuel de la Fuente (Aran- juez)	2'00
Suma y sigue	5665'38

LAS JEFATURAS

Por insignificante que sea una localidad, siempre se tropieza con una cohorte de políticos ansiosos de figurar, deseosos de suponer algo dentro de las filas republicanas. Y ocurre lo que necesariamente ha de suceder; pues como resulta que sobran aspirantes, de ahí que nuestro partido se componga de caciquillos más o menos egoístas y ambiciosos, pero al fin personajillos anónimos, los cuales se pasan el tiempo soñando con grandezas...

Pero, en fin, mientras se discute quién ha de ser el jefe indiscutible, el ejército batallador va desapareciendo, quedando solamente residuos y pequeñas e insignificantes huellas de lo que un día fue...

Y así transcurren los años, día tras día, en vertiginosa carrera, á pasos agigantados, pero no obstante permanecemos en un estado tal, que debe avergonzarnos por igual á todos los hombres libres, puesto que todavía no estamos dispuestos ni preparados para dar la batalla definitiva, intentando derrocar todo lo existente... ¿Sabéis de quién es la culpa? De esos semidioses que adoramos como al Dios de los católicos, como los rifeños á Alá, del mismo modo que antaño reverenciaban al sol ó á la luna...

¡Qué vergüenza! Y así anda todo...

Y en cuarenta años de lucha y de pelea, de creer que Azcárate es un íntegro y que Melquíades es un vivo, que Pablo Iglesias es un verdadero revolucionario y que Lerroux es un dominador de multitudes y árbitro de los destinos de gran parte de Cataluña, ¿qué hemos conseguido? Aumentar con exceso lamentable las divisiones internas, llegar al apasionamiento censurable ensalzando los méritos de éste ó del otro, sin hacer nada positivo, sin la convicción de realizar nada práctico... Y así hemos llegado á la hora de ahora, al momento presente, sin que se divise un agente enérgico, amenazador, decidido y dispuesto á derrumbar los viejos edificios, los falsos cimientos, sobre los cuales tiene su asiento una sociedad hipócrita, corrompida y putrefacta... Todo se consiente en España, pues estamos viendo la actuación de un gobierno que se titula demócrata, y sin embargo permanece indiferente ante los

grandes y graves problemas nacionales, con las Cortes cerradas *in eternum*, con una enormidad de conflictos sin resolver, continuando la guerra inicua y bárbara, impopular y contraproducente, donde pierden su preciada existencia los hijos del pueblo, mientras sus madres mueren también de pena, mientras el hijo pierde al padre, la esposa á su marido, y mientras las familias visten de luto, llorando amargamente la pérdida de los seres más queridos... Y así anda todo...

Las huelgas se suceden sin interrupción, los hombres de ideas avanzadas con frecuencia van á dar con sus huesos en una cárcel inmundicia y antihigiénica, por decirle al pueblo la verdad y lo que le interesa saber, por escribir un artículo en el que ponen de manifiesto las injusticias sociales y las miserias humanas...

El presupuesto de la nación se liquida todos los años con un *Déficit* abrumador, los monárquicos españoles pretenden restaurar el trono de Portugal, los jaimistas siguen matando á traición á correligionarios nuestros, los jesuitas están haciendo provisiones de armamentos para atacar al pueblo el día menos pensado...

¿Y á esto se le llama y se le *bombee* con el título de régimen democrático?

Renunciemos de una vez para siempre á los apellidos inútiles; dejemos aislados á los que creen que los jefes son capaces de cambiar el actual estado de cosas; procuremos anar las voluntades férreas de las diferentes fracciones republicanas, dejando á un lado las banderías y los personalismos, y dispongámonos á implantar la República por medio de la revolución. Una vez que hayamos triunfado, del seno de la revolución saldrán los hombres de gobierno.

Si no hacemos esto, no hay redención posible...

MARIANO DOMPER

Barbastro

Con motivo de una romería, hubo el 30 del pasado en Cañedo (Orense) garrotazos, navajazos, disparos de arma de fuego, etc., resultando muerto de bala un niño de trece años; gravemente herido, también de proyectil, una moza; dos mozos, de gravedad también, y doce, de menor importancia.

Las santas expansiones de la fe católica favorecen el comercio de hilas, vendajes y aparatos ortopédicos, y todas las industrias que se relacionan con el enterramiento de cadáveres.

Algo bueno, aunque presidiable, habían de tener.

Doctrina de paz

«Pueblos hay en donde por desconocer la verdadera religión de la paz que predicó el Cristo que murió en la cruz, viven en completo estado de barbarie, como bestias, cometiendo mil sacrilegios y destruyéndose unos á otros, sin temer para nada el castigo divino.

Hace muchísima falta que los civilice-

mos, que les inculquemos nuestras doctrinas, y á este fin se ha dispuesto que salgan para esos puntos algunos de nosotros, á realizar tan noble y provechosa tarea.

Si logramos vencer, estaremos satisfechos de haber cumplido con nuestro deber; si por el contrario nos matan sin querer escucharnos, no haremos sino aumentar el número de los infinitos mártires que han sucumbido en defensa de nuestra santa religión.»

Así se expresaba un padre jesuita, subido en el púlpito.

II

La tribu de Be-ho Hamed vivía en paz; allí no existían ricos ni pobres; allí el terreno era de todos y cada uno sacaba de la madre tierra lo suficiente para sustentarse.

Fallecía uno y sus funerales consistían en amontonar haces de leña y colocar encima el cadáver, prenderle fuego, y mientras aquel cuerpo inanimado volvía á la nada, danzaban y cantaban sus compañeros, pensando sin duda que el morir es sólo pagar natural tributo á la tierra realizando la terrible y verdadera sentencia: *Pulvis es et pulvis reverteris*.

Un día cundió en la tribu la noticia de que se había visto en parajes cercanos á un hombre blanco, vestido con rara indumentaria, y que iba con objeto de predicarles una religión desconocida.

Ellos aguardaron su llegada con verdadera impaciencia, hasta que al fin apareció, acompañado de un intérprete.

Le recibieron muy bien, colmándole de agasajos, y el padre, engreído por la cariñosa acogida, quiso poner muy pronto en práctica su penosa tarea.

Al principio todos se obstinaban en no escucharle; pero muy pronto tuvo prosélitos, formándose dos partidos, y aquí empezaron las discordias entre aquella gente pacífica.

El padre de almas arengaba á los suyos, mientras los contrarios se preparaban para pelear á *aquel angel tutelar* estrecha cuenta de por qué les había interrumpido aquella antigua paz característica en ellos, y de este modo se armó una guerra religiosa, efecto de la cual el predicador tuvo que tomar las de villadiego dejando á aquellos infelices bárbaros en completa discordia.

III

El Padre á su regreso relataba de este modo sus aventuras: «Con la ayuda de Dios, hermanos míos, he regresado á esta nuestra querida patria, después de árdua labor que he visto coronada por el éxito.»

«Aquellos salvajes escuchaban embelesados nuestros sermones y al final venían llorando, y arrodillándose á nuestras plantas pedían el bautismo.»

«Una guerra que tenían al llegar logró calmarla, y ellos agradecidos me colmaron de ricos presentes que tengo de invertir, la mitad para la restauración de las iglesias y la otra para el Padre Santo.»

IV

Entretanto la tribu de B: ho-Hamed, según diezmandose, efecto de la guerra religiosa armada por aquel mensajero de la religión de paz.

MAXIMO G. GNOZALS

Farándula pura

Copio de *La Región Cantabra*:

«Una pregunta á los católicos más ó menos recalcitrantes:

¿Es ó no pecado el liberalismo? Si es pecado ¿porqué se unen liberales y católicos para luchar en las elecciones? Y si no es pecado, ¿porqué los órganos de la Buena prensa persiguen las doctrinas liberales con ensañamiento?

Contesten los doctores que la Iglesia tiene.»

¡Pero qué guason estaba el colega el día que escribió eso!

El liberalismo sólo es pecado para los clericales de oficio, cuando les conviene decirlo con el propósito de engañar ó estafar á alguien.

Fuera de ese caso, lo mismo creen que es pecado, que yo creo en el misterio de la Trinidad.

Ni en otro ninguno, por supuesto.

LA AMBICION CLERICAL

La Iglesia católica ha sido en todos los tiempos un dechado de avaricia, un modelo de ambición extraordinaria. Cuando ha concedido algo... moral, ha sido á cambio de cuantiosas cosas materiales que al fin y á la postre han venido á traducirse en moneda contante y sonante.

Corría el año 1229. Reinaba en Aragón el intrépido D. Jaime I, honra y prez de guerreros y prototipo de caballerosidad, aunque un poco fanático. En aquellos felices tiempos reyes y magnates temblaban ante el descontento papal. Temían los ricos *hombres*, los señores feudales al orgullo vaticanista y eran capaces de las mil humillaciones por bienquistarse con el pobrecito preso de Roma.

D. Jaime casó secretamente con doña Teresa Gil de Vidaura y públicamente con D. Vidante de Hungría. Muerta ésta, D. Teresa entabló pleito en Roma para que su matrimonio con el rey se hiciera público. D. Jaime repudió esta petición, pero alguien se encargó de conspirar y de influir para que el Papa Inocencio III declarase la validez de la unión clandestina. Ese alguien fué el obispo de Girona.

El amiguillo Jaime perdió el pleito, pero sabedor de las andanzas del mitrado en pro de las aspiraciones de la G. I. de Vidaura, dispúsose á castigar con mano dura al culpable conspirador.

Y en efecto:

Una mañana aparecieron en la plaza mayor de Valencia las temibles calderas del rey conquistador.

Entre los reos condenados á ser cocidos estaba el obispo de Girona.

Los circunstantes, que eran muchos,

palidieron ante el mandato del rey. Pero éste no cejó. Los nobles suplicaron y Jaime accedió á no cocer al clérigo, pero el remedio fué peor. Ordenó al verdugo que le sacara la lengua y la arrojase al agua hirviente.

Tal suceso valió una tremenda excomuniación, y el cruel D. Jaime suplicó mil veces al Papa para que lo perdonase. Mas Inocencio III no complació al rey aragonés hasta que vió la buena disposición del excomulgado para comprar cara la absolución.

¿Saben ustedes lo que costó el perdón? Oigan y comenten:

Construir el Monasterio de Nuestra Señora en Tortosa, y una vez acabado diese á los monjes que lo habitasen 2.000 marcos de plata cada año. Construcción de un hospital para frailes y peregrinos en Valencia y la correspondiente subvención. Fundar capellanías en todo el reino con el consiguiente sueldo para los del manto.

Todo esto costó al valiente Jaime una lengua de obispo, amén de estar continuamente sometido al poder temporal de los papas y ceder en sus opiniones. Digo en sus opiniones, porque D. Jaime I no pensó nunca acceder; pero... el miedo al infierno y el cuidado que sus vasallos de la nobleza le daban, fueron cosas que obraron el milagro.

Pensando con un poco de discernimiento, se ve el tamaño absurdo de un perdón que es concedido por la prodigalidad de un rey que no temió escalar una muralla y luchar contra veinte, y temió jugarse la corona si á la clerecía se le ponía en las narices.

Y así ha obrado siempre la Santa Madre (!!) la Iglesia: A cartas cuartos y á dineros mantas.

¡Oh, sarcasmo!

Para los sotanas no hay más ídolo que la *santa pesetita*.

¿Verdad que sí, detractores y despostradores del liberalismo?

MARTÍN GUIRAL

La redacción de "El Pendón" á la simpática Doña Blanca

Señora: conmovidos hasta el punto de llorar sogá á sogá y chorro á chorro, os vamos á enterar de un serio asunto que hemos tratado ayer en un ventorro todos diez, ¡somos diez!, tiznados de unto, rasgado el pantalón, calado el gorro, cargados de trabucos y metralla, Cristos y otros trebejos de batalla.

Ya todo concluyó; ¡nos han perdido! un negro que gobierna en esta villa la prensa clerical ha suprimido de una manera vil; la echó morcilla: algún que otro cogulla ha preferido deshonrarse á perder la calderilla, pero la gente de *El Pendón* famosa antes que dar su honor da cualquier cosa.

¿Han roto nuestra pluma? Pues corriente; al campo á pelear; ya verdeguen; ¡al campo, al campo, sacie el Pretendiente el apetito santo de su idea!

¿Quiere sangre y horrores esa gente? Pues mondongos tendrá. ¿Lo quieren? Sea; aún quedan Sintacruces y Santeases, que victorias harán de los reveses.

No somos solos; con nosotros vienen Mónica Unción y su tertulia en masa; traen hostias, Cristos, gatos, cuanto tienen; no dejan ni goteras en la casa, A todo se disponen y previenen, lo mismo á dar que á recibir sin tasa mandobles, ladrillazos y mordiscos, á dormir en pob'ados que en apriscos.

Queremos levantar una partida, pero nos falta cabecilla ahora; queremos todos arriesgar la vida y tan sólo un perdón nos enamora. Santo perdón que al triunfo nos convida; ¡sh, señora, sois vos; sois vos, señora! ¡Venid, oh D.^a Blanca, os esperamos! ¡Pensad que en tanto sin perdón estamos

El Pendón.

Encero 74.

La tortolilla

Avispado, borracho, artista, levantando el vaso de vino con igual cuidado que construía una pieza de precisión, taciturno y agresivo en el trabajo, alegre en la taberna, especie de sér híbrido, un «bala perdida» y un obrero de extrema destreza manual, rara vez expansivo, gruñón, testarudo, casi insoportable, caprichoso, así era Julio Maillet, conocido por *Manos de acero*.

Era un obrero con el que forzosamente tenía que contar el patrono. Cuando le placía «sochar una cana al aire» ó irse á pescar tres ó cuatro días, el patrono había de resignarse. ¿Cómo reemplazar á un ajustador tan excelente? ¿A quién confiar el trabajo de lujo y de cuidado? ¿Quién enmendaría los errores y las torpezas de otros obreros?

Una mañana el Sr. Davaunay se acercó á *Manos de acero*.

—Amigo mío—dijole familiarmente presentándole un muchacho alto y descolorido como de doce años,—este hombrequito quiere aprender el oficio. Me le han recomendado mucho, y creo que lo mejor que puedo hacer es confiárselo á usted.

—Sin embargo, maldita la falta que me hacía este grano—refunfuñó *Manos de acero*.

—Bueno, bueno; á pesar de todo, encárguese usted de él—replicó sonriendo el patrono y se retiró.

El ajustador se volvió hacia el muchacho.

—¿Cómo te llamas?

—Carlos Dapré... mi madre me llama Car-

litos.

—¿Y qué hace tu madre?

—Es pulidora.

—Pues trata de abrir el ojo y de andar listo. No tengo costumbre de repetir las cosas ¡entiendes, eh?

—Sí, señor—respondió Carlos intimidado, Ea lo futuro no hubo sino órdenes breves, rápidas é imperiosas, brutales de lenguaje y gestos violentos, que con frecuencia arrasaban de lágrimas los ojos del aprendiz.

El uno parecía siempre encolerizado y el otro estaba siempre cohibido.

—¿Para qué me habrá largado esto el patrono?—gruñía *Manos de acero*.

Algunos en el taller, cediendo á un acceso de sensibilidad, decían al aprendiz:

—¡Valiente maestro tienes, pequeño! De seguro te acordarás de él toda la vida!

Al cabo de seis meses, *Manos de acero* dejó de acudir al taller sin avisar, abandonando una serie de piezas de suma urgencia. ¡Había marchado de pesca fuera de París y no volvería en una semana!

El aprendiz continuó sólo el trabajo de aquella serie de piezas hasta que volvió su maestro. Las examinó éste, las miró despacio, las volvió a mirar y al cabo dijo:

—Corriente; tienes la mano lista y hábil; era lo que yo quería averiguar. Más adelante veremos si la cabeza sabe dirigir la mano. Y le echó un duro en el bolsillo de la blusa.

Enseñó a un niño un maravilloso país de hadas, dadle el primer elogio y tendréis idea del Estado de ánimo de Carlitos.

—¡Gracias, padrino!—balbuceó.

¿Por qué padrino? Misterio. Sólo la primera adolescencia sabe encontrar en su ingenuidad la palabra que expresa su gratitud, su emoción, su gozo infinito. El hielo se habla roto. Desde entonces el maestro fue menos áspero y el aprendiz menos tímido, y por instinto éste supo distinguir la savia generosa que circulaba bajo aquella corteza ruda. Sin gran pena, pero con atención, supo soportar todos los regaños. Miró, escuchó y aprendió.

Un sábado, después de cobrar, quiso la mala suerte que Carlos se dejase arrastrar a la taberna por otro aprendiz. *Manos de acero* estaba allí. Se acercó a Carlos, le dio dos sonoras bofetadas y le dijo solamente:

—¡Largo!

Carlos salió. Decididamente el viejo ajustador había aceptado el padrínzago.

Y llegó el día en que concluía el aprendizaje de Carlos. *Manos de acero*, gravemente, pronunció el siguiente discurso:

—Mucho: Me parece que durante estos años no te he dorado la pildora. Cada vez que lo has hecho mal o que no supiste entenderme te lo he advertido, bárbaramente, si tú quieres. Si ello te agrada, guárdame el rencor que quieras; me importa poco. Lo esencial es que no olvides mis lecciones. Sea cualquiera el oficio que se emprenda, lo esencial es ser el primero; ser medio obrero es no ser nada. Si no se conoce bien, lo que se dice bien, un oficio, lo mejor es dejarle... Y ahora, ¡largo a contárselo a tu madre!

—Y que tengo que decirle a mi madre, padrino?

—Pues... la dices que yo estoy contento de tí—replicó sentenciosamente *Manos de acero*.

Entonces Carlos dijo tímidamente:

—El caso es que... que mi madre ha preparado una fiesta para celebrar el fin de mi aprendizaje... ¿Se pondría tan contenta si usted quisiera venir a cenar con nosotros...?

La voz de *Manos de acero* se enterneció.

—Bueno, pues la das las gracias por la invitación, y la dices que me perdona... Tengo una tortolilla... He de abrirla la jaula... ¡Imposible faltar a esta obligación! ¡Pobre tortolilla!

Carlos quedó pensativo. Conocía el humor fantástico, el temperamento caprichoso de su maestro y no le extrañó que tuviese en jaulada una tortolilla. ¿Mas por qué la consagraba tanto cariño?

Aquello le preocupó y pocos días después le preguntaba:

—¿Tiene usted todavía la tortolilla?

—¡Ya lo oree!

—¿Y es bonita?

—Mucho más de lo que tú puedes imaginar.

—¿Cuándo me la va usted a enseñar?

—¿Enseñártela? ¡Es como si me pidieras que te enseñase la luna a las doce menos cuarto de la mañana!

Carlos no replicó, pero la tortolilla misteriosa llegó a preocuparle de tal modo, que no tardó en ser el motivo de una broma cordial... Con frecuencia al salir del trabajo, Carlos decía a su maestro, estrechándole la mano:

—Recuerdos a la tortolilla.

Y *Manos de acero* contestaba imposible:

—Gracias; no de jare de dárselos.

Y pasaron los años estableciendo insensiblemente entre el viejo obrero y su antiguo aprendiz una familiaridad cada vez más estrecha y afectuosa, casi paternal de un lado y filial de otro.

Cumplía Carlos sus años de servicio militar, cuando recibió un telegrama: su «padrino» estaba agonizando.

Inmediatamente pidió dos días de permiso, y corrió a casa de *Manos de acero*.

Llamó en un modesto piso tercero de la calle de Charonne, y salió a abrir la puerta una joven ruborosa y desolada.

—¿Es usted el Sr. Carlos Dnpré?—murmuró.

Ensayó un gesto vago. Se sintió presa de una turbación inexplicable que le hizo clivir por un momento la penosa misión que allí llevara. La joven era de una belleza ideal; morena con la tez mate, ojos negros y acariciadores sombreados de unas ojotas de terciopelo y de largas pestañas; su frente de marfil encuadrada de una cabellera negra como el ébano, espléndida, sedosa...

—Venga usted—dijo.

Y le llevó a la habitación del moribundo cerrando la puerta tras él.

Manos de acero sufrió como una contracción al ver a su aprendiz. Sus ojos se llenaron de lágrimas, su cabeza sólo a medias pudo volverse sobre la almohada para recibir, para ofrecerse al beso filial.

—¡Ay pobre Carlos!—sollozó—. Esto se acabó... Creí que no llegarías a tiempo... Incline... Incline más... más. No puedo hablar... ¿Has visto a la tortolilla al entrar?... ¿Es bonita, verdad?... ¡Ay!... Un compadre de taller me la confió... hace unos diez años... Buen punto... Aún no habías tú empezado el oficio... ¡Oh! Puedes casarte tranquilo con ella cuando salgas del servicio... No ha salido de la jaula... es honrada y limpia y hacendosa y trabajadora como un demonio... Se llama Juana... ¿Bonito nombre, eh?... ¿Te gusta?... Bueno... ya lo sabía yo... No te molestes en hacerla el amor: tanto la he hablado de ti, que te quiere sin conocerte... y ahora, desde que estabas en el regimiento, era otra que tal baila... A veces llorábamos como mocosos pensando en ti... ¡Ay!... Anda, Carlos, llámala... que se me va la vida...

Manos de acero agonizaba. Penosamente sujetó entre sus palmas callosas las manos de los dos jóvenes. Una suprema lumbre de vida y de gozo brilló en su mirada febril, en sus ojos ya turbios, y sus labios murmuraron débilmente este adiós jovial:

—¡Hasta la vista, muchachos!... ¡Nada de gastos de entierro... nada de lloriqueos... y buena suerte!

L. VERNAT

la dignidad de un mendigo y la indignidad de unos católicos

En Montilla se ha dado un caso interesantísimo, que constituye una vergüenza más que añadir a las muchas que en su historia tienen los siervos de la Iglesia católica.

Dos ancianos de setenta y cinco años, Luis Cabello Expósito y su mujer, Ignacia Sánchez Ortiz, llegaron a esa edad después de una vida de trabajo y escasez, encontrándose en los últimos años en la necesidad de solicitar la caridad pública para no sucumbir al hambre.

El 29 de Septiembre pasado la infeliz Ignacia falleció; entre los harapos con que se cubría encontré un acta, en la que se declaraba su deseo de que se la enterrase civilmente por haberse separado de la religión católica.

Las beatas, que habían exigido a la pobre Ignacia que pidiese limosna «por el amor de Dios», se escandalizaron al tener noticia del hecho y se propusieron evitar semejante vergüenza. Con tres tes-

tigos y un agente de la autoridad presentáronse al viejo Luis Cabello para lograr de él que declarase ser falsa el acta y decidir que la anciana fuese enterrada en el cementerio católico, prometiéndole un entierro vistoso que no le costaría un céntimo.

El viudo, con una entereza ejemplar, regóse a atender semejantes desechos, y díjoles que nada se opondría a la última voluntad de su querida difunta, añadiendo de paso que él baría lo mismo, pues era el único acto de libertad que podría llevar a cabo después de una larga vida de esclavitud.

Los autores del intento marcháronse lanzando venablos y amenazando al pobre anciano con tomar venganza.

¿Y sabe el lector en qué consiste la venganza de esos seres innobles? En no volver a dar limosna al viejo mendigo, llamándole ateo, impio y otras cosas que son una honra en vez de una ofensa, y, sobre todo, puesto en boca de aquella gente.

He ahí un valiente ejemplo de lo que son los católicos, de su caridad, de toda la hipocresía que anida en sus corazones. ¡El santo boicot a un mendigo! ¡Habría villanía más canallesca? ¡Habría nada más castizamente católico?

Comente el lector.

F. F. F.

El Socialista.

Y sigue la racha

Sebastián Bengoechea, labrador, hombre tan honrado y bienquisto como el que más en Alsásua, era librepensador.

Viéndose próximo a morir después de larga enfermedad, y queriendo hacer honor a sus convicciones, llamó a un notario, y ante dos testigos dispuso de sus bienes e hizo constar imperativamente su deseo de que lo enterraran en el cementerio civil.

Los curas y las beatas se meten en la casa, ganan a la familia, y el cadáver es sepultado en el cementerio católico.

Ni el gobernador civil, ni el fiscal de la Audiencia que tuvieron conocimiento de lo que ocurría veinticuatro horas antes del enterramiento, hicieron nada para que la última voluntad del difunto fuese respetada.

Nada; que les ha dado a los clericales por meter carne decente en sus cementerios y no perdonan medio para conseguirlo.

Esto prueba que no son siempre y completamente refractarios a toda idea elevada.

Con tal de que les produzca algo.

REMEMBRANZA

Vi papeles en los balcones y senti deseos de subir. Quería refrescar mi alma, rejuvenecerme con los recuerdos de mi adolescencia transcurrida en aquella casa, hacía mucho... ¡mucho tiempo!

—Portera, ¿me deja usted ver el piso desalquilado?—pregunté á la vieja que permanecía empotrada en el zaquizami como un molusco en su concha.

—Es tercero, derecha—dijo entregándome la llave.

Y en cuanto comencé á subir la escalera empinada y oscura que tantas veces sirvió de trampolín á mis ágiles piernas de muchacho, se despertaron en mi memoria multitud de sucesos que yo creía muertos.

Sentía borraréme veinte años de existencia, y hubiese querido ponerme de un salto en el piso tercero... Cuando llegué al primer rellano, me pareció escuchar aún la voz de mi vecinita, de mi primera novia, la que esperaba todas las tardes detrás del ventanillo mi vuelta de clase para entregarme billetes perfumados y claveles rojos que traía prendidos en la trenza.

Al pensar en ella la emoción agarrotaba mis pies con fuerza irresistible, y me golpeaba el cerebro un mundo de ilusiones perdidas.

Cuando llegué al tercer piso, abrí la puerta y entré. Casi todo era nuevo y limpio, como si la mano del hombre hubiese triunfado de los estragos del tiempo.

Recorrí con orientación segura el pasillo que conducía al cuarto de juego, á «la leonera», como le llamábamos todos, y vi que aquella habitación estaba igual que antes. En las paredes agrietadas y sucias se advertían aún las huellas de muñecos disformes, pintarrajeados por mis hermanos, y la ventana abierta dejaba llegar á mis ojos las alegres canciones que subían del fondo del patio como un himno de vida y de juventud.

Después contemplé absorto las habitaciones de la calle: la sala, que no se abría en mi tiempo más que en los días solemnes, ó para recibir á alguna visita de cumplido; el gabinete de mi madre bendita, bañado por el sol que extendía sus rayos de oro hasta el centro de la alcoba. Crucé por allí de puntillas, como hacía cuando era niño, para no despertarla... y sentí asomarse el llanto á mis ojos.

Salí de nuevo al pasillo, y ante la puerta de mi cuarto de estudio me detuvo largo rato el miedo á los recuerdos. Resurgían á mis ojos los libros amontonados en la mesa, las cortinas blancas que velaban el dormitorio, y colgados en la pared, entre viejas molduras, los retratos de mis parientes, clavando en mí sus ojos tenaces, animados por el pincel con un soplo de vida.

Cuando penetré, fui reconstituyendo en la imaginación todo el tiempo transcurrido en aquel cuarto, donde entré niño y salí casi hombre... Señalaba sin vacilaciones el sitio de cada mueble, y creía percibir el tic tac monótono con que acompañaba el reloj mi desesperante soledad en las horas de estudio.

Por fin dirigí mis ojos á un rincón del cuarto velado por la sombra; allí habla escondido, durante mucho tiempo, los secretos y las ilusiones de mi alma

infantil. El último ladrillo del ángulo ocultó los primeros pitillos, las cartas amorosas, las novelas prohibidas, las flores mustias...

Y al encontrarme solo en medio de tantos crímenes inocentes y tantas alegrías muertas, cal de rodillas y me puse á besar con recogimiento aquella sepultura.....

—¡Miale, el demonio del hombre!— exclamó detrás de mí en aquel instante la portera, que había subido alarmada por mi tardanza.—¿Pues no está poniendo los labios mesmamente donde dormía la perra del último *inquilino*?

LUIS GONZALEZ GIL

ARTÍCULOS FIAMBRES

Ley de las compensaciones

Las mujeres aspiran á que se les reconozcan algunos de los derechos que los hombres disfrutan. Nada más natural ni más lógico, habiendo tantos hombres que hacen competencia á las mujeres en adornos, coqueterías y lo que no debe decirse. En esto, la ley de las compensaciones se cumple.

¡Pobres mujeres! Por si no tenían bastante con que los hombres acaparasen ocupaciones y oficios impropios de su fuerza, y á veces de su dignidad, y que ellas desempeñarían divinamente, se ven víctimas de la concurrencia masculina en gustos, caprichos y *ainda mais*, hasta el extremo de que sería imposible, á oscuras, definir el sexo de ciertos individuos sin la ayuda del quinto sentido corporal; pues he oído decir (yo no lo he visto, ni lo veré) que muchos usan camisas largas y finas para dormir, con adornos de encajes; que sus calzoncillos llevan encajes también y bordados caprichosos; y que gastan medias con ligas primorosas, amén de otras prendas y detalles inenarrables.

También me han dicho que hay que ver el tocador de ciertos descendientes del Cid: todos los refinamientos en esencias, pomadas, aguas, elixires, esponjas, instrumentos para enlutar canas, pintar cejas, agrandar ojos, teñir mejillas, rizar bigotes, depilar orejas, sonrosar uñas y... (me detendré aquí por si acaso) todo, todo se encuentra allí... Caballero hay que se mete en el tocador á las diez de la mañana, y á las dos no ha salido. Así, al verlos luego, se nos figuran de una sola pieza ó que acaban de sacarlos del molde.

Va un hombre (hombre de verdad) por la acera, y recibe la sensación de un perfume escandaloso... Mira, y no ve mujer alguna á la distancia de cincuenta metros... Sólo un hombre acaba de cruzar... ¿Será posible?... Aprieta el paso, lo alcanza, y, ¡oh vergüenza!, aquel indecente macho es el que ha profanado la atmósfera y ofendido el olfato. ¡Y con qué olor á veces! El que usan las Venus de á peseta es más suave.

¡Pobres mujeres las que tengan la desgracia de enamorarse de un degradado de esa especie que hoy tanto abunda... Creerán que se han unido á S. f. Me figuro á una en la noche de bodas asistiendo resignada al interminable despojo de las galas de su esposo, que no se ha acercado vehementemente a ella en todo el día por temor á que se le arrugue la pechera, y hamillada ante la idea de que sus ropas interiores son menos delicadas y menos ricas que las del mono que tiene enfrente. Y menos mal si no ha visto el cuadro de *El robo de las Sabinas*, y no puede compararle con aquellos romanos que sabían amar tan brutalmente...

¡Pobres mujeres! ¡Pobres mujeres!... No me extraña que aspiren á desempeñar funciones reservadas hasta ahora á los hombres... Es casi el único medio que tienen de respirar ambiente de relativa masculinidad.....

¿Y cómo remediar esto?—me preguntó á veces. En una dictadura, y siendo yo el dictador, ya lo arreglaría, destinando todos los aludidos á lavar ropa en hospitales, asilos, hospicios, y cuarteles... Aunque no, esto no! Estarían en sus glorias entre los soldados. Por otra parte, no cabrían en tales sitios. ¡Son tantos ya, especialmente entre los que de algunos años acá se dedican al arte en sus diversas manifestaciones!

Otra idea se me ocurre. Provocar á los marroquies para ver si pasan el Estrecho, se acoplan con nuestras mujeres, y así se renueva y vigoriza la raza... Pero, ¿qué estoy diciendo? Eso quisieran los femeninos. Se interpondrían entre las mujeres y los moros. ¡Poquitas veces que habrá soñado dada uno de ellos con un rifeñol!

Nada, que no acierto con el procedimiento para acabar con tanta degradación, con podredumbre tanta...

Tendrán que ser las mujeres quienes se encarguen de ello. ¿De qué manera? Despreciando á cuantos den el más leve indicio de afeminamiento físico, moral ó intelectual; advirtiéndoles que el más corruptor, por ser hoy el más extendido, es el último.

Aunque no; tampoco pueden ser las mujeres. ¡Valiente caso les hacen *esos* á ellas!

Tendrán, pues, que ser los hombres; los hombres masculinos, claro.

Mas, ¡ay! que ni así se remediaría.

Mientras haya fralles en España, irá en aumento esa degradación, se extenderá la podredumbre esa.

1900

A los míos

¿Cómo es esto de denunciarme El MOTIN despues de haber ofrecido yo declararme monárquico y ministerial?

¿Es qué desconfiáis de mi lealtad, no me queréis á vuestro lado, ó he cometido alguna falta involuntaria?

Si fuese lo primero, yo os conjuro por lo que más améis á que depongáis todo

temor; mi lealtad es tan grande como sincero mi arrepentimiento.

Si lo segundo, tened compasión de este pobre naufrago de la política que ha llegado a vuestra isla desangrado y maltrecho.

Si lo tercero, yo os suplico de rodillas que me perdonéis, teniendo en cuenta mi inexperiencia en achaques de conservaduría, y a que doy palabra de no volver a incurrir en falta que pudiera enojaros.

Mesa si por fortuna mía no fuese nada de lo dicho y la denuncia obedeciera solamente al temor de que me falte ánimo para acometer las altas empresas que ilustran vuestra gloriosa historia, ponedme a prueba, conservadores, y ya veréis.

Mandadme a Cuba, y antes de dos meses no quedará en toda la isla un real partido por medio; y como cuando Dios da, da para todos, os convenceréis de que no pecho de desagraviado.

Nombradme gobernador de una provincia, y que me corten la mano derecha si se abre una casa de juego sin el *por cuanto vos contribuisteis*, y si es mucho por inmorales a los periódicos que lo digan.

Dejaré tamañitos a todos nuestros gobernadores en lo de perseguir la prensa, pues encarcelaré, desde el sereno que abre por las noches la puerta de la casa de la redacción, hasta el gato que la infesta con sus porquerías.

Si fuere preciso inventar una conspiración, fingir un alboroto o simular un motin, no me detendré ante el asesinato de unos cuantos ciudadanos pacíficos ni ante la prisión de quinientos.

Ya en otros puestos, divulgaré los secretos de Estado por dinero, solicitaré indulto de criminales y protegeré a los bandidos haciendo rebaja sobre los precios de tarifa.

Ascendedme a ministro, y falsearé descaradamente el sufragio, prenderé sin formación de causa y fusilaré tres o cuatro militares diariamente, para velar con el vapor de la sangre mi pasado ilegal.

Encargadme de gestionar un empréstito, y mal año para el más práctico de vosotros en estos enjuagues sino le doy lecciones de prestidigitación financiera.

Y no habrá derecho que respete, ley que no conculque, fondos que no me apropie, ni calumnia que no invente para eclipsar al más renombrado entre vosotros.

Si, como es probable, no me sacáis del periodismo, contad conque no tendré nunca voluntad propia y seré siempre un suizo de la pluma, aplaudiendo o elogiando a medida del deseo de mis jefes.

Y si después de ponerme a prueba en todo esto me consideráis incapaz, yo me resignaré con vuestro desvío por mucho que me duela, y me retiraré a llorar en apartado rincón mi torpeza. Hasta tanto, creedme, tocaré el cielo con las manos cada vez que me denunciéis.

No echéis a mala parte esta decisión mía, y doleos de lo ingrata que la fortuna

se muestra conmigo cuando, después de verme abrumado con los epítetos de perturbador, irreligioso e inmoral, me cierra las puertas de ingreso en el único partido donde yo podría explotar esas conservadoras cualidades.

1885.

Mascarada

Llegaron dos frailes de la legua a Betanzos.

Vestían holgada túnica parduzca, ceñida por ancho cinturón de cuero rodeado de clavos dorados, capa con capucha; aplastado bonete de cuatro picos con tres aletas en la parte superior; gorda suela con pedazos de *material* a los extremos constituía su calzado, aunque se titulaban *descalzos*; de sus groseros morrillos pendía un Cristo que descansaba en el ombligo, al cual (el Cristo), besaban las mujeres con fervor; llevaban sobre la tetilla izquierda un corazón blanco ribeteado de negro, y complementaba tan abigarrado atavío un fuerte garrote terminado en bola.

Levantaron en la plaza una especie de patíbulo parecido a los que construían sus colegas los inquisidores cuando se entretenían en tostar españoles, con un crucifijo a la izquierda y a la derecha una virgen con muchos alamares.

Libres de la capa los *polichinelas*, aparecían ante el público vomitando necesidades e indecencias, sobre todo cuando trataban del sexto, pues lo hacían al natural, dando pruebas de sus grandes conocimientos en la materia, pasando después a la parte práctica. En medio de suspiros y gritos se arrodillaban, soltando unas presillas que dejaban su costillar al descubierto; echaban mano a unas disciplinas, las levantaban, y a los dos o tres golpes los curas, convenientemente ensayados, impedían que se zurrasen. A pesar de esto, los borregos, aterrorizados, exclamaban: ¡basta! ¡basta!

Otras veces sacaban el Cristo y se tiraban al suelo sin fijarse en el lodo; ¡la atracción!, colocando la imagen del Redentor boca abajo sobre las losas, y adornando sus desnudos cuellos con una cuerda de esparto, lo que resultaba de un efecto cómico de primer orden.

Duraron éstas y parecidas mogigangas once días a diferentes horas, amén de salir de noche aullando por las calles, fingiendo disciplinarse y entonando el *perdón, Dios mío!*

Los primeros días doblaron tenebrenmente las campanas en señal de que todos los habitantes estaban en pecado mortal; el penúltimo cedió el titiritero de más edad una corona de espinas, atóse al cuello una soga, y en medio de gritos y aspavientos de cloro, representó la comedia *El perdón mutuo*.

El vulgo, entre el cual figuraba en primer término un respetable bandido de levita que presta al 45 por 100 y es capaz de quedarse con la capa de Dios, dijo a los más próximos que los perdonaba.

¿Perdonar de qué? ¿Acaso de que no se hubieran dejado desollar del todo?

La misión terminó; hipócritas, pillos e ignorantes, todos quedaron satisfechos; las aficionadas al *bacalao de perro* suspiraron placeres pasados; los rufianes misticos *timaron* a la población unca *ocho mil* reales vendiendo libros, medallas, rosarios y otras zarandajas; la guardia municipal se hartó de dar palos a los aldeanos como si fueran bestias del todo; y el católico alcalde, comerciante en tarazonas, confesó, comulgó y prohibió que tocara la música el domingo, por no quitar gente a los *ciclos* del cerquillo.

Todo fué propio de los personajes que en la farsa intervinieron. Lo que verdaderamente indignaba, era que la Guardia civil, en lugar de prender y atar a aquellos dos vividores y llevarlos a la cárcel por vagos, los escoltara en sus estafadoras correrías y amenazase también a las masas ignorantes con las hojas de sus sables, cuando su misión es la de perseguir y prender a toda la gente de mal vivir, holgazana y maleante, que se apodera de lo ajeno con ergañifas y truhanerías.

Porque ¿dónde está la diferencia entre el *enterrador* que saca dinero a un imbécil a cambio de un tesoro fingido, y el fraile que hace lo mismo con varios, ofreciéndoles la vida eterna entre una cabriola y un disciplinazo, entre un berrido y una mirada al cielo?

1886

El colmo

Que vengan aquí esos pueblecillos de tres al cuarto que se envanecen con sus ladrones y sus falsificadores, a competir con nosotros en estafas y robos.

¡Vanidosos! ¡Fanfarrones!... ¿Cuando han tenido ellos la gloria de trasladar un juzgado entero a una Dirección administrativa, dándole suficiente trabajo para que no levante cabeza en un mes, ni de día ni de noche?

Instalar el juzgado del Centro en la Dirección de la Deuda, es un acto que debe llenar de orgullo a todo pecho verdaderamente español.

Las sombras de José María, Niños de Eclija, Candelas y demás ilustres señores que llenan los anales de Caca, deben al saberlo haberse agitado envidiosas.

Siento no ser conservador para envanecerme de mi partido hoy y poder mañana, sentado cabe la chimenea de mi lujoso y confortable hogar, decir a mis nietos con voz entrecortada por la emoción, estas ó parecidas palabras:

«Si, hijos míos: yo pertenecí al inolvidable partido conservador. Lo mismo en Madrid que en provincias, en las villas que en las aldeas, en Ultramar que en el extranjero, era un encanto ver en aquellos tiempos como a lo mejor se escapaba un amigo con los cuartos confiados a su custodia. Los concusionarios de todas las épocas resultaron niños de teta comparados con nosotros. ¿Pero a qué cansarme? Básteos saber que obligamos al gobierno que nos sucedió a instalar

un juzgado en un centro administrativo, y que ensanchaba el alma al ver entrar á jueces y escribanos en las oficinas de Hacienda como si estuvieran empleados allí... Os aseguro, hijos míos, que el recuerdo de aquellos venturosos días en que alcanzaron celebridad los *Juanillos*, los *Gorrineros* y demás chicos moralizadores montañeses, refresca mi abatido espíritu, como la brisa de la mañana reanima las flores agostadas.»

Yo, que por desdicha mía no soy conservador y no podré hablar así en mi ancianidad, quiero dejar hoy en estos renglones una prueba del entusiasmo y la admiración que me inspira el partido que ha dado lugar con sus proezas á que los juzgados se muden á las oficinas del Estado, abriendo así ancho campo á la magistratura, pues tal vez en el presupuesto próximo figure algún juez en el escalafón en esta forma:

«Don Fulano de Tal.—Juez de plantilla en tal dependencia.»

1881

¡Hipócritas!

Los periódicos clericales pretenden erigirse en censores de la moralidad: de todo se escandalizan, de todo se asustan, y ladran furiosos contra todo.

A creerlos, la sociedad se desquicia si un periódico se permite aventurar una frase equivoca; si en las piecicillas de los teatros por noras se desliza un chiste escabroso.

¡Santos y pudorosos señores! Me horripilo al pensar en lo crueles que hubieran sido sus días, si llegan á vivir en aquellos verdaderamente inmorales y depravados en que la Iglesia dominaba.

Y estos hipócritas son en todas partes lo mismo. No parece sino que reciben el santo y seña para atribuir á la libertad los excesos que nacen y se desarrollan en los tiempos que ellos dominan. La libertad, en todo caso, se limita á darlos á luz.

Oigamos a Rochefort sobre este punto de la moralidad:

«Se dice que los periodistas nos alimentamos de escándalo.» Es verdad; pero imputase á las gentes que nos escandalicen. En lugar de dar diez mil francos por mes á sus queridas, de jugarse á una carta la fortuna de cuatro ó cinco familias, de pagar en cincuenta mil francos un caballo que se romperá las patas á la primera carrera, que los franceses hagan una vida posible, y entonces los periodistas nos alimentaremos de patatas fritas y no de escándalos constantes.

Somos, por nuestra profesión, los historiadores al día de la sociedad en que vivimos. Si esta es escandalosa, peor para ella. Yo no puedo extasiarme ante la probidad del banquero tal, cuando todo el mundo sabe que ha colocado su fortuna en Inglaterra desde que el tratado de extradición de criminales se ha roto.

Después de la cuestión del escándalo en los periódicos ha venido la del teatro, y queda establecido que los papás no pueden llevar á ellos á sus hijas. Voy á decir á los padres algo que acaso les asombre.

«¿No podéis llevar al teatro á las niñas? Pues bien, no las llevéis.»

Si para poner á salvo la inocencia de esas señoritas hay que representar comedias en las que se pruebe que los niños nacen en los cogollos de las lechugas, y que Mad. Dubarry era la hermana menor de Luis XV, prefiero el teatro Guignol, que al menos tiene la ventaja de que en él siempre se le da de garrotazos al comisario de policía. ¿Queréis, oh padres! llevar al teatro á vuestras hijas? Pues haced un teatro para ellas.

No puede obligarse al teatro moderno á ponerse al nivel de la inteligencia y de la educación de las señoritas, como no se nos puede obligar á nosotros á festonear pañuelos ó á bordar zapatillas en cañamazo. Doloroso es decirlo, pero la hipocresía, el *tartufismo* que casi ha desaparecido de la religión, se ha trasladado á las costumbres.

La pintura es de maestro, y retrata lo mismo á la sociedad francesa que á la española.

Si; hay que reconocerlo y declararlo: con todas sus inmundicias, la sociedad moderna es más moral que la antigua.

Pero aun admitiendo que no lo fuera, siempre resultaría esto: que las clases conservadoras, las que acuden por costumbre á darse golpes de pecho en la iglesia, son las que inician, practican y sostienen la inmoralidad, las que se revuelcan voluntariamente en el fango de todas las degradaciones y todas las concupiscencias.

1892

Carta mística

Reverenda superiora de la Comunidad de religiosas de Santo Domingo el Real de Madrid.

Muy señora mía y de toda mi admiración, si es usted guapa:

Por casualidad ha venido á mis peccadoras manos un volantito escrito y firmado por una de sus compañeras de Comunidad, que dice así:

«Hay un membrete con el consabido lema de la orden, *Veritas*; después una corona, y más abajo el escudito con su estrella, flores y el can portador del ascua.»

«Comunidad de religiosas de Santo Domingo el Real de Madrid.»

Mi apreciable D. M.: Remito á usted el trisagio encargado por mí, pidiéndole mil perdones por la tardanza y prometiéndole la enmienda, y cuando uos veamos le diré la causa, que no ha sido otra que mi falta de memoria. Recuerdos de la madre priora y demás religiosas para toda esa nuestra querida familia, y usted mande cuanto guste á esta peccadora.»

Siguen la firma y rúbrica de la esposa del Señor, que me parece joven por la seguridad y limpieza de los rasgos de la letra.

Hasta aquí el documento, madre.

Para que las de Santa Catalina (sus hermanas de orden dominica) no tengan que murmurar de si los papeles de esa Comunidad vienen á parar á la excomulgada redacción de EL MOTIN, puede usted mandar cuando guste á recoger secretamente el volantito.

Sólo una cosa me atrevo á rogarle, reverenda madre, pidiéndole mil perdones por mi osadía si resultare pecaminosa, y es que la demandadera que venga por él sea la más guapa de la casa, para ver si al admirar su belleza me entran deseos de convertirme á la religión del Dios que tan retrecheras mujeres cria y se administra.

Bien sé que esta pretensión resulta exorbitante en mí, no siendo presbítero, fraile, ni sacristán siquiera; pero soy débil, como empedernido pecador al fin, y en estas cuestiones me glorio de ser de la misma opinión del católico Quevedo, cuando humildemente decía:

«Para ayudar á engendrar, iré, señora, aunque indigno.»

Nota.—Que la hermana venga bien aseadita de cuerpo, aunque el alma la traiga sucia, pues soy un tantico escrupuloso, y he oído decir á varios presbíteros que suelen de cerca oler muy mal la mayoría de las esposas del Señor.

1888

Bibliografía

Almanaque Ilustrado Hispano Americano para 1914.

Presentado con mucho gusto acaba de publicar la Casa Maucci, de Barcelona, este conocidísimo *Almanaque* para el año próximo, que supera al del anterior y puede competir dignamente con cuantas publicaciones de su género ven la luz en España, no sólo por lo abundante y escogido de su texto, sino por la profusión de sus grabados y el esmero con que ha sido confeccionado por el experto literato señor Brissa.

Merecen especial mención las inspiradas poesías que el *Almanaque* inserta, enviadas expresamente por los vates americanos de la nueva generación, y la multitud de cuentos, chascarrillos, chistes gráficos, cantares, pasatiempos y anécdotas que contiene, sin contar con las secciones dedicadas á los sucesos más resonantes del año, todas ellas ilustradas, y que hacen de tan curioso libro una verdadera «Enciclopedia ilustrada» para 1914.

Las mejores firmas literarias de Hispano América han cooperado á tan valioso conjunto y teniendo en cuenta lo abundante de la lectura y la artística presentación de este *Almanaque*, está llamado á obtener un éxito merecido.

Forma un tomo de 320 páginas y 268 ilustraciones con artística cubierta en colores de Romero Calvet y cuesta 1 peseta en las principales librerías de París, España y América.

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier
Precio: UNA PESETA

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

CASTIGOS

por

ROBERTO ROBERT

A tiempo he pronunciado la palabra. Nada más fecundo, variado y grandioso que los castigos de aquellos tiempos harto calumniados, y tan calumniados como desconocidos del vulgo.

No hay acción humana, desde el simple acto de nacer hasta el acto de morir, que no tuviese en aquellos tiempos su castigo condigno y proporcionado.

Ni hay miembro en el cuerpo humano para el cual no se hubiese puesto en práctica un castigo adecuado á su oficio, abarcando en su múltiple y armonioso todo desde lo más groseramente material hasta el más imperceptible conato de congestura: más digo, hasta la todavía no determinada propensión á sentir ó opinar en todo género de cosas y de ideas, incluso aquellas cosas de las cuales no es posible formar idea.

¡Ah! Este siglo presunto, que con tan ruín envanecimiento se jacta de sus progresos, bien puede callar avergonzado ante la Historia.

No: lo decimos en voz alta á los encomiadores de los tiempos modernos: no y mil veces no: vosotros y los vuestros no habéis inventado nada en punto á castigos.

El degollar, el ahorcar, el mutilar, el arrancar los ojos, el desorejar, el cocer á los hombres vivos, el quemarlos después de muertos, el desenterrar sus huesos para arrojarlos á las llamas, el labrar una estatua á imagen y semejanza del hombre para que ardiese en la hoguera, no son glorias de los tiempos modernos.

¿Dónde están en materia de castigos los títulos de estos tiempos tan cacareados para que la posteridad pueda admirarlos?

¡Mostradlos, exhibidlos, publicadlos!...

Pero no lo haréis; harto saben ya las personas de alguna instrucción que en esto como en todo, al tratarse de juzgar por pruebas, tenéis que confesar con vergüenza la esterilidad de vuestros sabios y la ineficacia de vuestras instituciones.

¡Oh lector! Mira, atiende: si pudiéramos paso á paso seguir la historia del castigo desde los primeros albores del cristianismo hasta que la moderna impiedad, destruyendo los gloriosos monumentos de nuestra legislación rechazó con orgulloso desdén las patriarcales y á la vez heroicas costumbres de los buenos tiempos, verías tanta variedad, tanto ingenio, tanta grandeza, tanta lógica en el ramo de castigar, que reconocerías al hombre incapaz de haber alcanzado tantas perfec-

ciones si hubiese carecido del norte y la guía de los puros sentimientos religiosos.

En efecto, la simple razón humana ¿cómo habría llegado á descubrir por sí sola que con los ojos podían pagarse la mayor parte de los delitos?

No tenemos la pretensión orgullosa de examinar, ni siquiera enumerar, el inmenso catálogo de castigos autorizados en los buenos tiempos, tarea superior á nuestras escasas fuerzas; pero sí podemos afirmar, sin miedo de ser desmentidos por los frívolos escritores modernos, que en las épocas más gloriosas de los pueblos cristianos era posible aplicar cada día á un criminal un castigo diferente durante los años que tiene de ordinaria duración la vida humana.

Y esta riqueza en los castigos no estaba monopolizada por el Estado, es decir, por los reyes, señores y sacerdotes, sino que por su fecundidad misma se extendía rebosando á las costumbres y prácticas privadas, derramándose fácil y pródiga desde los santuarios de las leyes hasta las escuelas de párvulos.

Aquellos severos al par que sencillos axiomas de prácticas penales domésticas, han llegado por su tradición á nuestros días.

«La letra con sangre entra.»

«El loco por la pena es cuerdo.»

«Al villano, con la vara de avellano.»

«Quien bien te quiera te hará llorar.»

He ahí el fundamento y las aplicaciones de todo un sistema cuya gloria no pertenece ciertamente á nuestros días, por más que en las Ordenanzas de nuestro ejército se conserve todavía algo de talar la lengua al soldado que blasfemare, por más que alguna vez que otra veamos aplicado el palo y el sablazo á los reclutas, y por más que en nuestra niñez aún llegásemos á oír los postreros chasquidos de las correas sobre las desnudas posaderas del escolar revoltoso ó desaplicado.

Hemos hablado de los ojos.

Grande importancia se aparenta dar hoy día á ese doble órgano, digámoslo así, de la visión, y creen quizá los filmanes oculistas saber algo que no supieron nuestros venerados mayores, cuando muchos de éstos sólo pensaron en poner constantemente los ojos en Dios y quitárselos á los hombres.

El *Fuero Juzgo* demuestra por lo pronto la importancia que en los ojos humanos reconocía aquella sociedad que con tan poco acuerdo suele calificarse hoy de bárbara en las asambleas políticas y de más sitios mandanos.

En su lib. II, tit. I, ley 4.ª, dice claramente:

«Dios... formó en la cabeza lumbre de os ojos, porque pudiese omne ver las cosas, quel pueden empeer...»

Conque, ¿sabrían aquellos sesenta y seis obispos que en el año 681 hicieron el Código, lo que valían los ojos?

Y por esto, si bien mandaba el *Fuero* que se quitara la vida á todo el que fuese «rebelde é mal obediente contral príncipe ó contral pueblo ó contra la tierra,» añade que si el rey le perdonara la vida, no pudiese dejar de privarle de la vista, porque...

Pero mejor es repetir el texto, cuyo lenguaje es más bello y me identifica más con aquella época por su buen sabor y elegancia.

«E si por aventura el príncipe por piedad lo quisiere lexar bevir, non lo dexa que nol saque los ojos por tal que non vea el mal que cobdició fazer, é que alla siempre amargosa vida é penada.»

Donde se ve cómo el espíritu cristiano en seis breves siglos se habla infiltrado en los sentimientos, especialmente en los de la Iglesia, que anhelaba para el culpable, después del castigo, una «amargosa vida é penada para siempre.»

Fijemos, pues, los ojos en los ojos: abramos el libro de la historia, y como en un neorama penal, se ofrecerán á nuestra vista grandes culpables sin ella.

Podemos ir por fechas recorriendo casi á escape la mayor parte de los pueblos del mundo y examinando á nuestro sabor á los que sean objeto de nuestra curiosidad, porque verdaderamente, es cosa de ver la muchedumbre de gente que fué condenada á no ver cosa alguna.

Dejemos que hayan pasado cinco ó seis siglos de cristianismo; que la divina luz de la revelación haya extendido sus resplandores por el mundo conocido; que parezca á aquellas generaciones que de un momento á otro van á cumplirse las profecías acerca del reinado de Dios sobre la tierra, y veremos en Persia al soberano Balask, privado del reino y de la vista, por tibieza en favor de la religión de los magos; y deteniéndonos un momento, aún podemos ver á su hermano y sucesor Kobad venciendo al rebelde Zamaspek y sacándole los ojos.

Y no se pierda de vista que al tiempo que esto sucedía entre los magos de Persia, la católica España había ya elevado á institución ese procedimiento, impidiendo que los criminales pudieran gozarse en la contemplación de las maravillas del universo.

No salimos garantes de si el célebre Belisario fué también castigado precisamente por aquel mismo tiempo con la pérdida de los ojos.

La tradición lo dice y no nos parece (Continuará)

IMPRENTA: LIBERTAD, 31.—MADRID